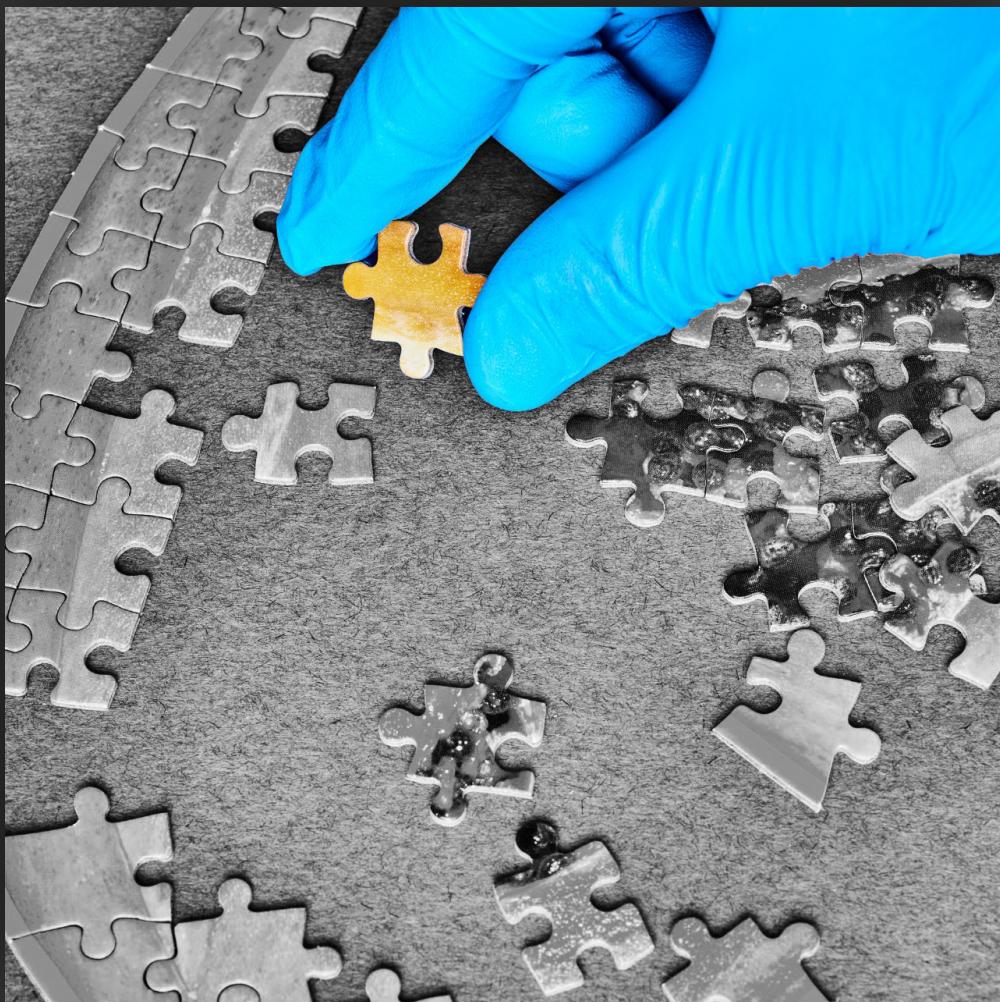


POLITÓLOGOS AL WHISKY



¿Cómo podemos mejorar el mundo?

*Reflexiones en torno al presente y los desafíos del futuro
de la política nacional e internacional*

DIRECCIÓN

Dana Sager
Alejo Sanchez Piccat



COORDINACIÓN EDITORIAL

Bruna Barlaro Rovati

DISEÑO EDITORIAL

Juan Bautista Darino

INVITADOS

Mariana Altieri
Facundo Cruz
Mariano Gonzalez Lacroix
Antonelia Horni
Pilar Unsain

EQUIPO DE REDACCIÓN

Nicolás Alvarez
Ariana Castro
Esteban Chiacchio
Sebastian D'agrosa Okita
Agustina Mahón
Ceferino Pettovello
Camila Russmann
Alejo Sanchez Piccat
Lara Tzvir

CONTRATO COMERCIAL Y PUBLICITARIO

contacto@politologosalwhisky.com

Grupo Polítólogos al Whisky

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción parcial o total del contenido sin autorización del grupo editorial.

Composición Digital: Juan Bautista Darino

© 2022. www.politologosalwhisky.com

· Índice ·



02

¿Cómo podemos mejorar el mundo desde Polítólogos al Whisky?
por Alejo Sanchez Piccat

NUEVOS PROBLEMAS, ¿NUEVAS SOLUCIONES?

El fin de la Utopía
por Mariana Altieri

04

Covid-19: ¿Hacía un mayor multilateralismo?
por Antonelia Horni

06

¿Cómo podemos cambiar el mundo a través de la representación política?
por Ariana Castro

08

El malestar en las prácticas artísticas, cómo cuestionarlas puede mejorar el mundo
por Lara Tzvir

10

Nosotras movemos el mundo: irreverencias feministas en las Relaciones Internacionales
por Pilar Usain

12

Las políticas públicas con perspectiva de género como espejo de la igualdad social
por Agustina Mahón

14

TENDENCIAS GLOBALES Y LA REESTRUCTURACIÓN DEL MUNDO

18

Sin elecciones no se puede, con ellas solas no alcanza
por Facundo Cruz

21

Defensa Nacional e integración regional: desde lo ideal a lo posible
por Mariano Gonzalez Lacroix

23

Incertidumbre y realineamientos. La integración latinoamericana a través de la lupa
por Nicolas Álvarez Masi

26

Democracia, ¿petrificada o dinamizada?
por Esteban Chiacchio

29

Caminos en confluencia: las religiones y la política internacional
por Sebastián D'agrosa Okita

32

Experimentos sociales para combatir la pobreza
por Ceferino Pettovello

¿Cómo podemos mejorar el mundo desde Polítólogos al Whisky?

por Alejo Sanchez Piccat

El mundo en su conjunto en estos últimos tres años fue, es y va a ser testigo y protagonista de una pandemia que puso en manifiesto una profundización de los cambios que el Sistema Internacional viene padeciendo. En ese punto, la actualidad y la complejidad de la misma se presenta como un conglomerado de procesos, factores y actores que modifican el día a día de la política y de la sociedad.

Los enormes desafíos y urgencias que se presentan no sólo para la élite decisoria, sino para los individuos esparcidos en el globo. Estas se manifiestan en alteraciones en la forma de representación, las estructuras sociales, la configuración de nuevas agendas, la urgencia por el cambio climático, el reconocimiento de la diversidad, la pulsión entre multilateralismo y los acuerdos bilaterales, la seguridad interna e internacional que implica nuevos retos analíticos y políticos, los desafíos en torno a la política exterior, la intervención directa de las nuevas tecnologías en el Estado, la recuperación económica y los nuevos escenarios en la actualidad son algunos de los ejes que dirigen el hoy de las sociedades. El anterior punteo marca solo un vestigio de los ejes que se ponen en jaque en la actualidad, se marca un proceso de transformación constante de las viejas estructuras y los nuevos problemas que enfrentan los actores del Sistema.

Es por eso que desde Polítólogos al Whisky nos preguntamos a nosotros mismos e interpelamos a diversos académicos, escritores y colaboradores del espacio ¿Cómo podemos mejorar al mundo?. Esta pregunta se nutre de los aportes presentes en el siguiente trabajo como una línea continua de un análisis en conjunto y un desmembramiento de los principales ejes que acarrea el mundo en estos tiempos convulsionados. El “cómo” de la interrogante rectora de la primera edición de la revista del espacio surge como un puntapié para encontrar puntos en común entre esta dinámica dual entre estas “Tendencias globales y la reestructuración del mundo” y los “Nuevos problemas, ¿nuevas soluciones?” que se ponen en manifiesto a lo largo de los escritos de la misma.

Así como se mencionó en las primeras líneas de esta introducción no se puede hablar de la actualidad de la política internacional sin abordar los problemas que conllevó y conlleva la pandemia producida por el

Coronavirus. En este punto, nos encontramos con los aportes de Mariana Altieri y Antonelia Horni. Altieri nos adentra al “*El fin de la utopía*”, preguntando en el ¿después? de la pandemia y este concepto de “nueva normalidad”. Horni por su parte indaga tal como el título de su trabajo pregoná “*COVID-19: ¿Hacia un mayor multilateralismo?*” si la pandemia puso en acción los mecanismos de las distintas organizaciones o si prevalece el individualismo nacional por el ¿debilitado? sistema multilateral internacional.

Con respecto a los desafíos de los sistemas de gobierno y en especial el democrático, Ariana Castro se pregunta directamente *¿Cómo podemos cambiar el mundo... a través de la representación política?* en el cual pone en manifiesto y en tela de juicio la pulsión entre el surgimiento de las nuevas derechas y como estas se entrelazan y modifican las estructuras de representación de las sociedades a través del uso metodológico de la perspectiva de género. Por su parte, Lara Tzvir nos adentra en “*El malestar en las prácticas artísticas, como cuestionarlas puede mejorar el mundo*” exponiendo el debate dentro de los estudios sobre la cultura y la propia industria cultura, lo que implican los oligopolios dentro de las mismas para la diversificación, la representación y la libertad dentro de las producciones en el plano artístico.

En el campo de los estudios de género, Pilar Unsain nos introduce en la ingerencia de los estudios de género en las Relaciones Internacionales y cómo la misma contribuye con el bienestar de la población en su artículo “*Nosotras movemos el mundo: irreverencias feministas en las Relaciones Internacionales*”. En concordancia a esta temática, pero mirando la otra cara de la misma moneda, Agustina Mahón nos acerca su artículo “*Las políticas públicas con perspectiva de género como espejo de la igualdad social*”, en el cual realiza un racconto del impacto que infieren las políticas públicas en la igualdad social y la importancia de realizarlas teniendo en cuenta la perspectiva de género como elemento clave de su constitución.

Con respecto a las tendencias globales, vale preguntarse en primer punto sobre lo que nos rodea como país, es por eso que en el plano regional nos encontramos con una realidad compleja llena de vicisitudes, por eso los aportes de Facundo Cruz, Mariano González Lacroix y Nicolas Alvaréz ponen en manifiesto distintos ejes en los



Alejo Sanchez Piccat

Fundador y Director de Polítólogos al Whisky

Licenciado en Gobierno y Relaciones Internacionales UADE

Maestrando en Defensa Nacional UNDEF

Especializado en cuestiones nucleares y Medio Oriente

cuales “el vecindario” de la Argentina entremezcla y profundiza tendencias que alteran al Estado Nacional. Cruz expone que **“Sin elecciones no se puede, con ellas solas no alcanza”** donde en un estudio sobre los comicios que afrontaron la región en los últimos años materializa las principales tendencias con respecto a la salud política y democrática de los países que conforman la misma.

En este sentido, González Lacroix sintetiza, desde la perspectiva de la **“Defensa Nacional e integración regional: desde lo ideal a lo posible”** los escenarios ideales y los desafíos que se configuraron en el pasado con respecto a una Defensa regional que produzca un intercambio activo entre los Estados que conforman este vecindario para hacerle frente a las amenazas que estos puedan enfrentarse. Álvarez, por su parte, en **“Incertidumbre y realineamientos. La integración latinoamericana a través de la lupa”** nos presenta el panorama con respecto a la interacción de los Estados de la región conforme a sus relaciones y cómo los procesos y las tendencias profundizadas por el Coronavirus en tanto socavaron o fortalecieron los distintos mecanismos de intercambio de los países de Latinoamérica.

Con respecto a los estudios conforme al sistema democrático, el aporte de Esteban Chiacchio conforme a **“Democracia, ¿petrificada o dinamizada?”** expone este dualismo entre el estancamiento versus los desafíos y la necesidad de modernizar que se desprenden en torno a la representación de la ciudadanía en torno al sistema per se. Siguiendo esta línea Sebastián D’agrosa Okita imprime un análisis con respecto a **“Caminos en confluencia: las religiones y la política internacional”** repensando a las religiones en cuanto infieren en la

promoción, sostenimiento o desaliento de los cambios en el propio sistema internacional.

Para culminar nos encontramos con el trabajo de Ceferino Pettovello en el cual, utilizando el trabajo de Esther Duflo, se adentra en los **“Experimentos sociales para combatir la pobreza”**. En dicho artículo, expone los mecanismos de toma de decisión en torno a las problemáticas que afronta las políticas y cuáles son los cursos de acción de las mismas.

Retomando una de las primeras afirmaciones de esta pequeña introducción “se marca un proceso de transformación constante de las viejas estructuras y los nuevos problemas que enfrentan los actores del Sistema”, las modificaciones que alteran a los procesos políticos, a la toma de decisión y a los propios actores se ponen en manifiesto en la serie de artículos.

Es por eso que el “cambiar al mundo” como se propone en esta primera edición es, en primer lugar, advertir estos procesos y desde la humilde posición de cada contribución que conforma este trabajo, invertir en un proceso analítico que permita comprender el estado de situación y en el mejor de los casos contribuir para el reacomodamiento de los intervenientes en este nuevo paradigma que acoge el mundo en su conjunto.

Nuevos problemas, ¿nuevas soluciones?

El fin de la Utopía

por Mariana A. Altieri

Durante los primeros meses del 2020 nuestra realidad se convirtió en una ficción, parecíamos inmersos en un mundo post apocalíptico, o peor: en las primeras escenas de una película de catástrofe. Esas escenas que no duran más de 3 o 4 minutos porque son el estado inicial sobre el que se desarrolla la ficción, pero donde vemos sintetizados en flashes e imágenes de noticias apocalípticas cómo la normalidad se derrumbó indefectiblemente.

¿Será por eso que durante el 2021 nos dedicamos a hablar y a escribir sobre la “nueva normalidad”? ¿Esta nueva normalidad es parte de un mundo mejor...?

Me invitaron a reflexionar sobre un futuro mejor..., y creo que uno de los desafíos con los que nos encontramos, es poder visualizar un horizonte de esperanza sobre el devenir del mundo. Especialmente en un presente en el cual **la nueva normalidad no implica otra cosa que la normalización de la convivencia con uno de esos futuros distópicos imaginados por la ficción.**

De alguna forma se podría decir que estamos acostumbrados a ficcionalizar el futuro, tanto de forma utópica como distópica. La visión utópica del futuro estuvo de moda en la época en que el positivismo auguraba las glorias de la civilización un camino infinito hacia el progreso: todos tenemos en nuestras mentes esos imaginarios que incluyen autos voladores, la conquista de otros planetas, la colonización del espacio, la teletransportación, los hologramas... Algunas cosas que son parte de la vida cotidiana eran las ficciones más locas no hace tanto tiempo atrás (como las pantallas táctiles por ejemplo).

Sin embargo, estos mismos parámetros que subyacen a las utopías son los que dan lugar a los futuros distópicos, que mediante la literatura y del cine catástrofe, por un lado, y las plataformas de streaming por otro, tenemos tan presentes en nuestros días. Si la utopía es ese futuro ideal que nos espera o por el cual luchamos, la distopía es la farsa de la utopía. Como señala Dominique Moisi: “Las series pueden ser una prefiguración de nuestro destino, tanto como un reconstrucción, a menudo idealizada o, por el contrario, caricaturizada de nuestro pasado, que en ambos casos refleja nuestras fobias presentes” (Moisi, 2007, pág. 21).

El autor señala que al maniqueísmo del bien y del mal típico de la ficción positivista clásica, al mejor estilo Star Wars, le suceden el relativismo, el cinismo y el híperrealismo. Si en pleno s. XX la principal característica de la ciencia ficción era un excesivo optimismo sobre el papel que la ciencia y la tecnología podían jugar en el progreso humano, **actualmente esa exorbitante fe en el progreso se estrella contra las consecuencias no calculadas del desarrollo tecnológico.**

En su libro “El Auge de los Robots” Martín Ford presenta a la tecnología de la información como una fuerza disruptiva sin precedentes. No obstante, sostiene que “Aunque las tecnologías de la información y la comunicación han avanzado en las últimas décadas de una manera exponencial, la innovación en otras áreas ha sido básicamente gradual” (Ford, 2016, pág. 70). Ford señala que mientras que el desarrollo de innovaciones relacionadas a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación avanzan a ritmos nunca antes vistos, nos hallamos frente a una enorme ausencia del progreso en general, considerando que los medios materiales de la vida del individuo común, los que hacen al bienestar y a la calidad de vida, no se modificaron sustancialmente desde mediado del siglo XX.

La innovación del siglo XX trajo aparejados cambios rotundos que modificaron la vida de la gran mayoría de la población, al menos en los países industrializados, y en general la beneficiaron, tomando como ejemplo al ferrocarril y la electricidad como iconos entre otros grandes cambios en la infraestructura, las ciudades y los medios de transporte que impactaron en el desarrollo de la vida cotidiana. Esto no quiere decir que no hubiera consecuencias negativas de la implementación de estas tecnologías, como la contaminación y todo lo que implica, socialmente, el pasaje a una sociedad industrial. Sin embargo, podía asociarse fácilmente al progreso de la ciencia con el progreso humano, y a este con el bienestar.

¿Qué cambios benéficos se desprenden de las nuevas tecnologías del siglo XXI? ¿De qué forma la robótica o la nanotecnología nos hacen vivir una vida mejor?

Hoy el desarrollo tecnológico va más rápido que la propia imaginación de los innovadores. Así como se ha señalado que durante mucho tiempo la ciencia ficción



Mariana A. Alteri

Directora Ejecutiva y Coordinadora de la Comisión de Geopolítica y Orden Mundial de la Fundación Meridiano

Magíster en Estrategia y Geopolítica de la Escuela Superior de Guerra UNDEF

Docente e Investigadora de la Carrera de Ciencia Política UBA

Titular de la Catedra de Estudios Geopolíticos Saavedra Lamas USI

y la épica de la guerra futura han preparado la imaginación colectiva para muchos de los grandes inventos de la humanidad, el siglo XXI continúa sin haber hallado la fórmula de algunos de los imaginarios más asentados, y vinculados con la panacea del progreso, como el auto volador, mientras que avanza a pasos agigantados en esferas como el microespacio o la manipulación genética, para las que no hay más que augurios distópicos.

El problema que nos encontramos es “la extinción de la idea de utopía”. Los grandes relatos sobre la posibilidad de un mañana mejor se han agotado dando lugar al tan mentado “todo tiempo pasado es mejor”, envuelto en una profunda desconfianza, sino ya rechazo, a la idea del progreso y una romantización del pasado. Esto se debe en parte a que el concepto de utopía contiene en sí mismo un aspecto negativo: es de por sí irrealizable. Pero, a diferencia de la utopía, los futuros distópicos son realidades posibles, están tan al alcance de la mano que hasta parecen inevitables: **la utopía es irrealizable, la distopía ineludible.**

La distopía, plantea siempre un futuro cercano e inmediato en el que ocurrirá un desastre inminente, normalmente asociado a prácticas del presente de las que sabemos cuáles pueden ser sus consecuencias pero que aún no estamos dispuestos a asumirlas, la pandemia del Covid es el mayor ejemplo de nuestros días, reafirmando la idea de la sociedad global vive actualmente en un presente distópico del cual no se ve salida posible.

Si hasta ese momento la tecnología funcionó como posibilitador de renovación de la utopía, el anuncio del fin de la historia, y por ende de la imaginación de un futuro mejor, al que “ya habíamos arribado” derivaron en una trampa.

El progreso y la evolución es, en sí, un movimiento hacia un futuro, si se alude a la percepción de un presente sin futuro, con un horizonte sincrónicamente continuo, si se ha acabado hasta la historia y “el futuro llegó”, ¿cómo evitar caer en el desencanto y la frustración? El fin de la utopía en el posmodernismo habla de un tiempo ahistorical, sin futuro; de la superficialidad de una sociedad basada en lo inmediato que desalienta la creación de posibilidades utópicas. Ya sólo queda lugar a las advertencias y no a los ideales, a una utopía posmoderna en forma de distopía amenazante: O vivimos en un eterno presente, o el futuro sólo puede ser distópico.

Regenerar la utopía es el único camino, ya que no se puede caminar hacia un mundo mejor si no lo vemos primero en el horizonte.

Nuevos problemas, ¿nuevas soluciones?

Covid-19: ¿Hacía un mayor multilateralismo?

por Antonelia Horni

Como todos sabemos, el surgimiento de la pandemia de COVID-19 ha marcado un antes y un después en la historia mundial. Si bien ya han transcurrido dos años del primer caso detectado, las consecuencias de su propagación siguen siendo inciertas. Esto ha llevado a que el término “incertidumbre” sea una característica distintiva en su desarrollo y que el poder analizar con mayor certeza sus efectos denote un desafío para las distintas ramas de las ciencias. Específicamente, desde una óptica de las Relaciones Internacionales una de las aristas a indagar puede ser la reflexión acerca de las distintas organizaciones mundiales y las principales potencias, lo que resulta útil a la hora de analizar su rol e influencia en el contexto internacional.

Desde los 90' hacia una nueva configuración

El sistema internacional se caracterizó por ser bipolar en la época de la Guerra Fría, periodo que va desde aproximadamente finalizada la Segunda Guerra Mundial hasta la década del '90 en donde las dos superpotencias mundiales combatían por la conquista geopolítica e ideológica. En este enfrentamiento indirecto de un lado se encontraba la URSS promoviendo el comunismo y la planificación estatal, mientras que por el lado occidental se encontraba Estados Unidos enarbolando su bandera del sistema capitalista y de libre mercado.

Esta perfecta línea divisoria, que supuso una gran tensión internacional, se desvaneció como consecuencia de varios sucesos, llegando a su punto de inflexión con la caída del muro de Berlín en 1989. A partir de la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas anunciada icónicamente por Gorbachov en 1991, se puede apreciar un cambio en el sistema internacional. Ya no existen dos grandes bandos bajo una marcada disputa ideológica, sino más bien aparecen nuevos actores que comienzan a tener cierto peso en la arena internacional.

De esta manera, empieza una nueva etapa que algunos autores como Huntington caracterizan como multipolar, en la que se vislumbra un desplazamiento del poder de las potencias occidentales hacia las no occidentales. En tanto otros como Celestino del Arenal, remarcan el paso entre la unipolaridad, por el lado estratégico y militar con la superioridad de Estados Unidos y la multipolaridad,

desde lo económico y político.

En este contexto, **surgen problemáticas que evidencian una creciente interdependencia en el sistema internacional a la vez que se comienza a hablar del fenómeno de la “globalización”** como un nuevo proceso que marcaría nuestra forma de relacionarnos con el resto del mundo. Cuestiones que exceden el ámbito nacional de los Estados, como el narcotráfico, el terrorismo o la crisis medioambiental comienzan también a ser temas de agenda.

Es por ello que se hace hincapié en la cooperación internacional como herramienta diferenciadora para poder, en forma conjunta, coordinar políticas nacionales, lograr beneficios mutuos y disminuir la incertidumbre mediante el intercambio de información. Vale recordar que ya desde la Segunda Guerra Mundial hay un auge en la creación de organismos multilaterales, sirviendo como marco institucional para la elaboración de políticas comunes.

Multilateralismo y cooperación?

Considerando lo anterior, se debería suponer que en el SXXI deberían existir cursos de acción colectivos para poder hacerle frente. Sin embargo, ante la presencia de un Cisne negro, tal y como lo fue la llegada y permanencia de la Pandemia por COVID-19, se puso en tela de juicio la credibilidad y eficiencia del multilateralismo. No se apreciaban acciones conjuntas que procuraran una distribución de conocimientos y herramientas necesarias, sino más bien se podían percibir acciones individuales que responden a intereses particulares.

Se comenzó a gestar una “geopolítica de la vacuna” donde las principales potencias como Rusia, Estados Unidos, China o Reino Unido buscaban demostrar su supremacía en el terreno internacional intentando encontrar una vacuna y generar influencia en torno a la distribución de la misma.

Se comenzó a gestar una “geopolítica de la vacuna” donde las principales potencias como Rusia, Estados Unidos, China o Reino Unido buscaban demostrar su supremacía en el terreno internacional intentando



Antonelia Horni

Lic. en Comercio Internacional de la Universidad Nacional de Quilmes y Estudiante de Licenciatura en Relaciones Internacionales en la Universidad Empresarial Siglo XXI.

encontrar una vacuna y generar influencia en torno a la distribución de la misma.

La llamada “diplomacia de las vacunas”, con China como principal exponente, es otro ejemplo en este sentido. Este país busca darle libre acceso a las vacunas e insumos médicos necesarios al resto del mundo, diferenciándose por ejemplo, de las políticas nacionalistas que había tenido Trump. Recordemos que este último incluso hace pública en 2020 la desvinculación de Estados Unidos de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Por lo tanto, si previo al surgimiento de la pandemia las relaciones ya eran tensas entre Pekín y Washington, esta situación exacerba aún más las diferencias. China aprovecha la oportunidad aun considerando que el virus surgió dentro de sus fronteras. Se diferencia de Estados Unidos y se posiciona como una potencia pacífica con responsabilidad global dispuesta a colaborar, a la vez que estrecha lazos en su zona de influencia: Latinoamérica. Esto le permite también generar alianzas en su conflicto con Taiwán.

Es así que el escepticismo en torno a la efectividad de los organismos multilaterales se ha visto agudizado, lo que principalmente se pudo apreciar en lo que se refiere al rol que ha tenido la OMS. El hecho que se haya priorizado la distribución doméstica de la vacuna o hacia países específicos mediante relaciones bilaterales e intereses propios de cada Estado, queda en evidencia no solo con la desigual distribución de las vacunas hacia aquellos con menores recursos, sino también implica la urgente necesidad de poder hacerlo de forma más equitativa para evitar mutaciones. Esto es porque a medida que hay mayor transmisión del virus, mayores son las posibilidades de que estas mutaciones se produzcan.

Actualmente, si bien en países desarrollados o en vías de desarrollo la vacunación es libre para la mayor parte de la población, como España o Argentina; países como la República Democrática del Congo o Chad viven otra realidad. Según la página oficial de Our World in Data ambos no llegan al 1% de la población vacunada. Esto va en concordancia con un informe publicado por UNICEF en octubre de 2021, que hacía mención a la desigual distribución de las vacunas entre los países ricos y pobres y remarcando que menos del 5% de la población de África estaba vacunada, lo que representaba un gran riesgo.

El pasado primero de diciembre de 2021, la OMS mediante reunión extraordinaria, pone en marcha un acuerdo que intentará crear un mecanismo de respuesta colectiva para futuros brotes, así como también generar instrumentos de colaboración y los preparativos necesarios para prevenir en caso de una potencial nueva pandemia.

A modo de cierre, claro está que no podemos aún confirmar si esta medida resultará eficaz, pero si resulta oportuno resaltar que como seres humanos debemos ser más conscientes de la interdependencia que nos rodea. La nueva realidad internacional implica problemas cada vez más globales y complejos, por lo que es necesario que tanto los países como la población en general podamos tomar decisiones colectivas que puedan garantizar acciones concretas.

Nuevos problemas, ¿nuevas soluciones?

¿Cómo podemos cambiar el mundo... a través de la representación política?

por Ariana Castro

En las democracias actuales, un factor clave a la hora de abordar su estudio es la base misma de su legitimidad, es decir, la representación de la ciudadanía. Esta es inseparable de las instituciones, ya que sin ella no existirían, ni habría cimientos para sustentar su poder. Por este motivo es tan importante analizar la representación y su importancia capital para cambiar y mejorar el mundo. Sin una ciudadanía activa y consciente, las instituciones están abocadas al fracaso y a convertirse en elementos burocráticos carentes de empatía y legitimidad.

En este artículo se procede a explicar el uso metodológico de la perspectiva de género al abordar la representación, para pasar a hablar del auge de la ultraderecha y el impacto que tiene en ella, así como en la de los colectivos históricamente minorizados. Finalmente, se concluye con una reflexión acerca de la importancia de la representación, tanto dentro como fuera del mundo académico.

La perspectiva de género y la representación

Durante mucho tiempo, el empleo de la perspectiva de género en la ciencia se ha visto como un sesgo de la autora o autor, o incluso como un “método” pseudocientífico sin ninguna base teórica ni validez. Pero tal y como se podrá comprobar en este artículo, abordar la realidad social y política sin tener en cuenta los sesgos de género y las dinámicas de poder existentes (Lois y Alonso, 2014) es, en sí mismo, un fallo metodológico y de perspectiva.

A la hora de hablar de representación política se debe tener en cuenta que, históricamente, los hombres blancos han tenido acceso antes, y de forma más comprehensiva, a los derechos fundamentales y a la participación política. Esto genera un sesgo evidente ya de partida, dado que las personas racializadas y las mujeres no podían participar en la vida política como ciudadanas de pleno derecho. Por este motivo, el uso de la perspectiva de género e interseccional se vuelve fundamental para comprender la profunda complejidad de la representación.

Siguiendo a autoras como Burke y Pitkin (1967) y su definición de la representación política y tipologías (formal, descriptiva, sustantiva y simbólica), este artículo se centrará en la representación descriptiva y en la sustantiva, dada su importancia material hoy día y a la necesidad del uso de la perspectiva de género en ellas. A continuación se procede a explicar estos conceptos, así como su implicación en el auge de la *far right* y el impacto en la representación.

El auge de la ultraderecha y la representación

La representación descriptiva hace referencia a aquella que ejercen quienes comparten características con los diferentes segmentos de la ciudadanía, desde su género, orientación sexual, condición racial... Mientras que la sustantiva hace referencia al *acting for*, poniendo el foco en los intereses de la persona (Pitkin, 1967). Estos dos tipos de representación se han visto afectados por el auge de la ultraderecha y las políticas que incentiva.

A nivel mundial, pero sobre todo en el continente europeo y americano, la ultraderecha ha surgido como una de las grandes fuerzas políticas en muchos Parlamentos e incluso Gobiernos. Esto hace que las políticas públicas y la composición de los hemicírculos se hayan visto alteradas, en muchos casos suponiendo un giro conservador que ha perjudicado a los grupos sociales más vulnerables y minorizados. Se puede decir, por tanto, que ha contribuido a des-democratizar las sociedades políticas.

La representación política es una herramienta que contribuye a la democratización de los sistemas políticos, ya que permite que los grupos minorizados se representen a sí mismos y como consecuencia, tiene el potencial de transformar la realidad política (Dovi, 2002). De esta forma, que estos grupos tengan voz (o lo que se conoce como políticas de la presencia) (Phillips, 1995) permite representar sus intereses de la forma más fidedigna posible.



Ariana Castro

Graduada en Ciencias Políticas y de la Administración (USC)

Máster en Tecnologías del Marketing y la Comunicación Política (USC)

Divulgadora científica (Política con-Ciencia)

Colaboradora en Polítólogos al Whisky

Colaboradora en Cámara Cívica

Con el auge de la ultraderecha, partidos cuyos perfiles de votante suelen representar a la hegemonía social y de poder, se ha puesto en entredicho la capacidad de los grupos minorizados para hablar por sí mismos y, sobre todo, para que tengan políticas públicas que protejan su bienestar y que cristalicen sus intereses. Esto forma parte de la reacción cultural o cultural backlash (Norris e Inglehart, 2020), donde todo avance o idea progresista es rechazada por una parte de la sociedad civil y política, que considera que todo debe volver a ser como lo era antes. De ahí, lemas de campaña como el de Donald Trump en las elecciones de 2016, “Make America Great Again (MAGA)”, como si ahora Estados Unidos no fuese un gran país por sus avances sociales y diversidad.

La importancia de la representación

Uno de los objetivos de este artículo es resaltar la importancia que posee el concepto de la representación, así como sus implicaciones en el fortalecimiento de la democracia misma. Como se observó previamente, se vive la proliferación de modelos excluyentes que no priorizan la representación de la diversidad social, sino que buscan representar un orden determinado y sin duda violento para muchos grupos poblacionales. Por esto mismo, la autonomía de representación de esos grupos es más importante que nunca.

Que las mujeres, las personas racializadas, el colectivo LGTBIQ+, las personas con diversidad funcional, etc. se representen a sí mismos y vean a su vez representados sus intereses, así como defendidos sus derechos, es la mejor contribución a mejorar el mundo que puede hacer la representación política. Los modelos donde solo unos pocos tienen cabida, o donde solo estos disfrutan de derechos plenos, no son enteramente democráticos ni lo serán nunca, ya que escapan a la base misma de la democracia.

Nuevos problemas, ¿nuevas soluciones?

El malestar en las prácticas artísticas, cómo cuestionarlas puede mejorar el mundo

por Lara Tzvir

El filósofo francés Jacques Rancière en sus libros “El malestar en la estética” y “El reparto de lo sensible” propone cuatro categorías para analizar el campo del arte: **política, estética, prácticas estéticas y prácticas artísticas**. En términos académicos, la política es la que habilita (o no) ciertas voces y define las subjetividades que afectan el rol de los sujetos en la sociedad y en el campo del arte. Esto implica que la recepción de las obras de los artistas estará condicionada por el rol que se les otorga como sujetos en su contexto.

La **estética** se entiende como el régimen de identificación del arte que determina lo que es arte y qué no lo es, atendiendo a qué “experiencias de lo sensible” son aceptadas en cada momento particular. Las prácticas estéticas son “maneras de hacer”, maneras de “ser sensibles” frente a lo cotidiano. Por su parte, las **prácticas artísticas** son las formas de dar visibilidad a estas “maneras de hacer”. Simplificando, la **política define quiénes son lxs artistas, la estética qué es el arte, las prácticas estéticas cómo se hace arte y las prácticas artísticas cómo se muestra este arte**.

Muchas de los debates acerca del mundo del arte se han centrado en las primeras 3 categorías, por ejemplo, la falta de reconocimiento a mujeres artistas (como las historias de Artemisia Gentileschi, Margaret Kane y Machiko Hasegawa) o el rol de artistas afro-americanos en el KPOP; la revolución del Art Noveau que transformó en arte objetos cotidianos y las nuevas discusiones respecto del espacio de los videos-parodia, cómics y otras formas populares en el arte; las posibilidades que han creado las nuevas tecnologías para hacer arte (desde las cámaras de videos pasando por el photoshop hasta las exposiciones de hologramas). Pero rara vez se habla de las prácticas artísticas.

En palabras de Jeffrey C. Ullin, **un jugador se vuelve importante dentro de las industrias culturales cuando logra dominar los canales de comercialización y distribución**, puesto que la mayor parte de los ingresos potenciales de una obra provienen de convertir su consumo en ganancia.

En consonancia, Belén García Álvarez, destaca el rol de la distribución, puesto que es el sector que controla el flujo de producciones que llegan al mercado; y a su vez, en consecuencia, repercute en el perfil de las obras producidas.

Aunque internet crea una ilusión de democratización del arte, es una arena más donde prevalecen los oligopolios de distribución; donde lxs artistas enfrentan grandes desafíos a la hora de exponer directamente, recibir rédito económico de manera directa y distribuir sus creaciones. Bajo el principio de amortización de costos, aumento del flujo de títulos y maximización de oportunidades de venta se crean Joint Ventures o Mega-Estudios que asfixian las posibilidades de las producciones pequeñas, independientes, controversiales (y de cualquier tipo en realidad) de llegar a nuestros ojos.

A su vez, transformaciones en el medio (como la creación de Youtube, popularización de las plataformas de streaming, foros y debates en redes sociales, etc) permiten que una pieza de arte audiovisual pueda acompañarnos en todo momento y lugar a través del teléfono móvil o computadora personal. En estos espacios donde el arte logra trasladarse de espacios públicos a privados, su consumo se extiende temporalmente e incluso puede repetirse; creando nuevas posibilidades para que las distribuidoras puedan ganar dinero.

Esto ha generado que la relación entre anunciantes, espectadores y distribuidores sea mucho más estrecha, pero en favor de los últimos. **Ahora los proveedores de servicios de intermediación cuentan con una mayor capacidad de negociación, lo que les permite actuar de manera injusta perjudicando a consumidores y productores.**



Lara Tzvir

Licenciada en Relaciones Internacionales UCC

Licenciada en Ciencia Política UCC

Encargada de Pop-purri: Fragmentos de Política en la Cultura del Newsletter de Politólogos al Whisky.

Es así que las distribuidoras se convierten en las curadoras del arte, en el sentido que el crítico cultural Slavoj Zizek le da al término. A través de la selección, ellas deciden qué es el arte, no el productor ni el espectador: El distribuidor es el artista definitivo, el dueño de la estética.

Mi propuesta para mejorar el mundo es que la alta concentración de distribuidoras de arte (series, películas, música, etc) sea considerado un problema. Que se comiencen a cuestionar puntos que se ignoran o dan por sentado. ¿Por qué ellas se quedan con la mayor parte de las ganancias que genera una obra? ¿Por qué las salas de cine son acaparadas casi exclusivamente por propiedades monstruo? ¿Por qué las plataformas de streaming deciden discrecionalmente qué es digno de mostrarse y qué vida útil tendrá? ¿Por qué los derechos de propiedad intelectual protegen constantemente a los grupos poderosos? ¿Por qué lxs músicxs viven y mueren enterradxs en deudas mientras quienes especulan con sus creaciones ganan millones? ¿Por qué obras de tantos lugares, idiomas y géneros son de acceso virtualmente imposible?

Y el paso siguiente es accionar de manera colectiva. Pero todo puede comenzar yendo a ver una película local en tu club de barrio cada tanto.

Nuevos problemas, ¿nuevas soluciones?

Nosotras movemos el mundo: irreverencias feministas en las Relaciones Internacionales

por Pilar Usain

Las dinámicas entre teoría y praxis en las relaciones internacionales son más estrechas de lo que a veces se quiere reconocer. Desde grandes teorías que nacieron al calor de conflictos entre potencias, hasta los enfoques que visibilizan las resistencias y desigualdades de un orden global jerárquico dirigido desde el centro hacia la periferia.

En este sentido, los feminismos irrumpen en la academia y en las instituciones desde la movilización social que pone énfasis en las violencias y subordinaciones de géneros en la gran mayoría de las sociedades y Estados del globo. Desde la década de los 80 y 90, en la disciplina aparecen los cuestionamientos teórico-epistemológicos a las corrientes más difundidas como el realismo y el liberalismo institucional, por sus claros sesgos de género en los análisis. ¿Dónde están las mujeres? se preguntaba Enloe y resaltaba el gran vacío de las miradas de las mujeres y diversidades, así como de la subalternización de la raza y la clase, en la gran mayoría de las producciones académicas de las relaciones internacionales.

Los señalamientos hacia la elaboración teórica más difundida y que aún hoy más se utilizan para hacer inteligible un mundo en permanente contingencia, no son caprichosos: constituyen una impugnación hacia los supuestos de universalidad que tienen esas perspectivas y que apenas refieren a la mirada del varón blanco ciudadano de un país central y occidental. En este breve texto intentaré resaltar los aportes clave de los feminismos al análisis de la política mundial y algunas líneas de ideas en las que se piensa esta perspectiva desde el sur global.

Teorías feministas para otros mundos posibles

Los enfoques feministas emergen en la disciplina en el marco del debate epistemológico. Este debate tiene lugar entre las perspectivas que asumen una epistemología positivista (donde se plantea una intención de descifrar la realidad en busca de una verdad objetiva que en ella subyace y donde el investigador ocupa un rol de observador externo y neutral) y entre quienes critican todo lo anterior, planteando que toda realidad es una

construcción social atravesada por el lenguaje y la subjetividad del investigador. A esta última se le denomina epistemología postpositivista.

Es en este sentido que las primeras expresiones académicas desde el feminismo son de una fuerte crítica al mainstream de la disciplina en torno al señalamiento de una masculinización de la guerra, de las relaciones diplomáticas, de la comprensión del mundo (Sylvester, 2014). Desde una función legítima del poder establecido, las RRII han “olvidado” tener en cuenta las voces femeninas, negras y no-europeas en los análisis sobre la política global. Como consecuencia de esto, se tendió a negar históricamente que el cuerpo de las mujeres ha sido un territorio de conquista en el marco de conflictos armados y sobre el que se aplican peores castigos que la muerte.

De manera que Elshtain, Enloe y Tickner, las primeras lecturas feministas dentro de la disciplina de las RRII, convirtieron al género en una categoría analítica, ya que hablar de las jerarquías de géneros implica preguntarse sobre quién tiene el poder. Sus líneas de investigación caminan en esa dirección. Sin embargo, no fueron las únicas en poner en discusión las relaciones entre poder, saber y género. También lo hicieron las feministas latinoamericanas y afroamericanas, quienes pusieron el acento en que no bastaba con la categoría de género si no se comprendían las opresiones múltiples devenidas de la raza y la clase. A estas propuestas se las llamó feminismo interseccional.

En esta línea, tanto María Lugones desde argentina y bell hooks desde Estados Unidos hicieron énfasis en la racialización de las violencias de género. Lugones (2008) en su reconocido trabajo sobre “colonialidad de género” recupera la idea del teórico peruano Aníbal Quijano de la “colonialidad del poder” y la pone en juego sobre las categorías de mujeres no-blancas o mujeres de color. La distinción entre civilizado y no civilizado impuesta por la colonización de América y África, se reproduce en las distinciones de género y raza. En esto se diferencia de un feminismo occidental y universalista al que critica por separar y homogeneizar las categorías de mujer, de negro, de tercer mundo.



Pilar Usain

Licenciada en Ciencia Política (UNVM)

Maestranda en Relaciones Internacionales (UNSAM)

*Coordinadora de la Comisión de Género y Feminismos
en la Fundación Meridiano*

Por su parte, bell hooks (quien usó su nombre en minúscula como una crítica a la sobrevaloración capitalista del nombre propio) recuperando el discurso de la abolicionista Sojourner Truth preguntaba hacia adentro de las corrientes feministas: ¿Acaso no soy una mujer?. Esta pregunta o denuncia buscaba visibilizar la ausencia de las demandas de la mujer negra en el feminismo académico y occidental. La categoría elaborada por bell hooks fue la de “patriarcado capitalista imperialista de supremacía blanca”.

La mención de estas mujeres, que recientemente nos dejaron en el plano físico de la existencia (María Lugones falleció en julio de 2020 y bell hooks en diciembre del 2021) pero sus aportes son invaluables, tiene que ver con explicitar que no existe un feminismo sino muchos feminismos que debaten y se nutren entre sí y que el pensamiento feminista tiene que estar situado en tiempos y espacios para no reproducir prácticas coloniales y patriarcales de poder.

Entonces, cabe preguntarse: ¿qué podemos hacer las feministas latinoamericanas, del sur, para mejorar el mundo o al menos nuestro tercer-mundo?

Tejedoras de sueños

Si tomamos la noción de Silvia Cusicanqui de “mujer tejedora” para reivindicar la interculturalidad y las formas de vincularse de manera comunitaria de las mujeres andinas, podemos empezar a hilvanar un hilo sin fronteras entre mujeres, lesbianas, travesti-trans, del ámbito diplomático, de profesionales y periodistas de las

relaciones internacionales, académicas y activistas, en pos de construir las categorías y tareas del feminismo sudamericano del siglo XXI. El trabajo mancomunado y en red se distancia de las prácticas competitivas, individualistas, de la masculinización del ejercicio del poder y el saber.

Esta búsqueda de un pensar y hacer comunitario no es ni inocente ni caprichosa. Responde la dramática realidad que afrontan las mujeres y diversidades del conosur, atravesadas por la feminización de la pobreza y la informalidad, de la falta de reconocimiento de las tareas de cuidados, del peso de las deudas externas sobre los países periféricos que reproducen las jerarquías coloniales y de las violencias sistemáticas y de los feminicidios y travesticidios aún impunes, que nos movilizan abordarlo de manera urgente. También sabemos que habrá mucho debate entre nosotras porque de ninguna manera se trata de borrar las diferencias sino apuntalarlas para reflexionar y trabajar sobre esta complejidad.

Para finalizar, es importante dimensionar que los avances en la equidad de género son un verdadero aporte al bienestar general de toda la población. Estos tiempos donde las fronteras son cada vez más porosas e intensas constituyen una oportunidad para extender los lazos de sororidad en el sur-global y nutrir a la disciplina de las relaciones internacionales de categorías analíticas, de prácticas y sentires más cercanos a nuestra cosmovisión del mundo.

Nuevos problemas, ¿nuevas soluciones?

Las políticas públicas con perspectiva de género como espejo de la igualdad social

por Agustina Mahón

En la década de 1970, el movimiento feminista empezó a ganar importancia a nivel internacional. Influenciados por la constante reclamación de derechos de la mujer, las Naciones Unidas declararon el año 1975 como Año Internacional de la Mujer.

Ese mismo año se celebró la Primera Conferencia Mundial sobre la Mujer en la ciudad de México, en la que se promovió entre los gobiernos la creación de estrategias y leyes enfocadas a la participación social de la mujer y a la igualdad de género. En este artículo, se propone recorrer los principales puntos consensuados al respecto.

La formación, uno de los pilares para la igualdad de derechos

Para garantizar una sociedad igualitaria en cuestiones de género, donde se respeten los derechos de la mujer y la convivencia entre hombres y mujeres sea equitativa, hay que trabajar estos conceptos desde la infancia. La mejor manera para lograrlo es asegurar el acceso a la educación tanto a niños como a niñas, y que éste sea un derecho fundamental como ser humano.

La alfabetización de la mujer es importante para mejorar la salud, la nutrición y la educación de la familia, así como para habilitar a la mujer para participar en la adopción de decisiones en la sociedad. Manos Unidas apoya todas las iniciativas que nacen con la idea de potenciar los valores universales de la educación, y aporta los recursos necesarios para impulsar este factor "imprescindible" para el desarrollo.

El camino para acabar con todas estas desigualdades pasa evidentemente por acabar con todo aquello que impide les impide el acceso a la educación, el trabajo y la política.

Derecho a un cuidado digno de la salud, para una vida digna

A menudo olvidamos que hay millones de personas en todo el mundo que no tienen acceso a la sanidad, por lo que el derecho a la salud de millones de personas se ve vulnerado. Este debería ser un derecho universal y

accesible a toda persona, pero por diferentes motivos (escasez de recursos, mala inversión de estos, prevaricaciones, etc.) esto no es siempre así.

No es posible garantizar estos derechos tan importantes para el crecimiento y desarrollo de una persona. Conseguir una buena asistencia sanitaria para todos los seres humanos es una obligación y una responsabilidad de todos. Sin salud no se pueden alcanzar los objetivos de desarrollo más elementales. Cuando falta, se hace difícil cualquier tarea de progreso.

Género y Familia

El mundo está cambiando con rapidez. Las leyes y políticas vigentes deben evolucionar y adaptarse para poder apoyar a todas las familias y responder a las necesidades de todos sus miembros.

Hoy en día existen numerosos indicios de que las mujeres tienen mayor voz y poder de decisión en sus familias. El aumento de la edad al contraer matrimonio, el mayor reconocimiento jurídico y social de diversos tipos de unión, el descenso de las tasas de fecundidad producto de poder elegir el momento y el número de hijos que se desean tener, y la mayor autonomía económica de las mujeres son solo algunos de ellos. Estos cambios son a la vez causas y consecuencias de grandes transformaciones demográficas, así como del creciente acceso de mujeres y niñas a la educación y al empleo, de modificaciones en normas sociales e ideas sobre las familias y de reformas jurídicas. Estos últimos procesos han sido a menudo impulsados e inspirados por el activismo de las mujeres.

Sin embargo, con demasiada frecuencia las mujeres y las niñas sufren violencia y discriminación en el entorno familiar. Reconocer de manera explícita que las familias son un espacio contradictorio para las mujeres y las niñas es uno de los objetivos clave de este informe.

Ahora bien, la desigualdad, la discriminación y las desventajas que las mujeres experimentan en su vida y sus relaciones familiares no son naturales; tampoco inevitables. En consecuencia, hacedoras y hacedores de políticas, activistas y la ciudadanía tienen ante sí un

desafío urgente: transformar las familias en un lugar de igualdad y justicia, en un hogar donde se potencie la capacidad de mujeres y niñas de empoderarse y realizar sus derechos.

Para garantizar una vida sana y promover el bienestar para todos en todas las edades, las mujeres necesitan tener acceso a servicios de planificación familiar y de atención de la salud reproductiva; con el objeto de garantizar una educación inclusiva, equitativa y de calidad y promover oportunidades de aprendizaje durante toda la vida para todos, las niñas deben poder contraer matrimonio a edades más tardías y finalizar sus estudios escolares; para promover el crecimiento económico sostenido, inclusivo y sostenible, el empleo pleno y productivo y el trabajo decente para todos, es preciso adoptar políticas orientadas a las familias y normas en el ámbito laboral que posibiliten que mujeres y hombres combinen sus responsabilidades de cuidados con el empleo remunerado.

La aplicación de la agenda de políticas orientadas a las familias puede crear sinergias y acelerar los avances entre las diferentes generaciones, tanto en lo que respecta a la igualdad de género como al desarrollo sostenible en general. Con el fin de adaptar esta agenda y aplicarla a los contextos nacionales y locales, las y los responsables de la formulación de políticas deben comprender el modo en que los sesgos de género en las relaciones de poder favorecen o limitan los derechos de las mujeres en la familia y reconocer la naturaleza diversa y cambiante de los modelos familiares.

En un mundo cada vez más globalizado y en el que el desplazamiento forzado es un problema creciente, muchas familias sustentan y cuidan de sus integrantes a distancia. A pesar de que las familias, las comunidades y los Estados dependen cada vez más de la capacidad y la disposición de las mujeres para migrar y generar ingresos, los hombres no siempre asumen la responsabilidad de cuidar de las personas dependientes que permanecen en el hogar. De hecho, la migración pone de relieve hasta qué punto persiste el papel de las mujeres como cuidadoras; en ausencia de una madre que provea cuidados, es frecuente que abuelas o hijas mayores asuman el cuidado de las personas dependientes.

Cuando migra toda la familia (algo que no siempre es posible), la desigualdad en el acceso a la protección social y los servicios públicos se acentúa aún más. Estas diferencias son particularmente marcadas en el caso de las personas migrantes en situación irregular, así como en contextos de crisis humanitaria.

La manifestación más grave del conflicto dentro de las familias es la violencia contra las mujeres y las niñas. Tras décadas de activismo feminista, la violencia en la familia se ha reconocido al fin como un problema público y ha dejado de considerarse una cuestión exclusivamente privada. En la actualidad existen leyes, planes de acción, servicios de protección y apoyo y un creciente número de medidas de prevención de la violencia. Pese a estos esfuerzos, la violencia contra las mujeres y las niñas persiste hasta alcanzar tasas abrumadoramente elevadas en todas las regiones del mundo.

Familias, economías y gobiernos son interdependientes: los tres ámbitos aportan a la hora de construir sociedades prósperas y justas. Para su buen funcionamiento, los mercados y los Estados necesitan familias que produzcan mano de obra, compren bienes y servicios, paguen impuestos y nutran a los miembros productivos de la sociedad. Los Estados tienen una responsabilidad adicional de apoyar a las familias debido a sus obligaciones como garantes de derechos. Hace más de 70 años, la Declaración Universal de Derechos Humanos reconoció a la familia como unidad fundamental de la sociedad, que requiere protección y asistencia. En el campo del derecho internacional, la protección de la familia está intrínsecamente vinculada al principio de igualdad y no discriminación, especialmente en lo que respecta al matrimonio. La Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (CEDAW) establece con claridad que las relaciones familiares deben entenderse a la luz de este principio (art. 16). Su aplicación al contexto familiar implica que todas las leyes, políticas y prácticas referentes a las familias deben adoptarse sin discriminar a ninguno de sus miembros ni a ningún tipo de familia.

La CEDAW también cuestionó la separación artificial de las esferas “pública” y “privada”, y dejó claro que **los Estados tienen tanta obligación de garantizar el respeto a los derechos humanos en el ámbito “privado” del matrimonio y la familia como en el terreno “público” de los mercados y la política.**

Pese a que se identifica a los gobiernos como principales actores, garantes de los derechos de las mujeres, existen otros actores con un importante papel que desempeñar. Entre ellos destacan las organizaciones de mujeres y feministas, que históricamente han sido un motor fundamental del cambio, a menudo mediante el establecimiento de alianzas con sindicatos, organizaciones religiosas y el sector privado, con el objeto de modificar y aplicar leyes y políticas para el fomento de la igualdad de género tanto dentro de la familia como fuera de ella. En la agenda de políticas propuestas se promueve una visión de las familias como lugares de igualdad y justicia: espacios donde las mujeres y las niñas tengan poder y voz, y donde gocen de seguridad física y económica.

Los Estados, las comunidades y las instituciones religiosas regulan e intervienen en el matrimonio y en la vida familiar a través de leyes y políticas. Las leyes de familia, que rigen el matrimonio (incluida la edad mínima a la que pueda contraerse), el divorcio, la custodia y tutela de los hijos, la adopción y la herencia, a menudo contienen disposiciones discriminatorias hacia las mujeres. **Esto se traduce en condiciones desiguales para mujeres y niñas en muchas partes del mundo.** La falta de derechos legales para iniciar un divorcio o la amenaza de perder la custodia de los hijos pueden atrapar a las mujeres en relaciones insatisfactorias o incluso violentas. Su capacidad de abandonar este tipo de relaciones también se ve limitada por los regímenes patrimoniales entre cónyuges que no reconocen el trabajo de cuidados no remunerado que realizan las mujeres, así como por los contextos en los que no se asegura que los padres paguen la pensión alimentaria que les corresponde a sus hijas e hijos.

Los cambios en las leyes discriminatorias de familia, con frecuencia, son el resultado de largas campañas de feministas junto a sus aliados en el gobierno, el poder judicial y la sociedad civil. No obstante, es necesario

profundizar dichas reformas, de modo que se reconozca la diversidad de uniones y se garanticen los derechos de quienes cohabitan con sus parejas sin casarse o que tienen parejas del mismo sexo.

Los servicios públicos, incluidas la educación y la salud reproductiva, desempeñan un papel crucial para promover la igualdad de género en las familias. En los países desarrollados, la educación abrió nuevos horizontes para las mujeres más allá de la esfera doméstica; en los países en desarrollo, por su parte, la participación en la enseñanza secundaria se correlaciona con menores índices de matrimonio infantil y de embarazo adolescente. Se requieren mayores esfuerzos para cerrar las brechas entre grupos de mujeres y poder garantizar el pleno acceso a la salud y la educación de las niñas que viven en zonas rurales, con discapacidad y pertenecientes a grupos étnicos minoritarios o a los hogares más pobres.

El control sobre su propia fertilidad es un pilar fundamental del bienestar y de las oportunidades de las mujeres; de él depende también el disfrute del resto de sus derechos humanos. Para garantizar que las mujeres tengan igual voz y poder de decisión en la pareja, es necesario continuar avanzando en el acceso de mujeres y hombres a servicios de atención de la salud reproductiva con perspectiva de derechos, algo que a menudo va de la mano de un fortalecimiento más general de los sistemas de salud.

Como exige el Comité de Derechos Humanos, también es urgente avanzar en políticas encaminadas a reducir el número de muertes y el sufrimiento provocados por los abortos inseguros.

Para que las familias prosperen, necesitan disponer de acceso a ingresos adecuados. Estos pueden obtenerse a través del empleo remunerado, de la rentabilidad de sus activos o de transferencias estatales. El hecho de contar con ingresos propios permite a las mujeres gozar de mayor igualdad en sus relaciones de pareja, fortalece su poder de negociación en la familia y les permite abandonar a su pareja si así lo requieren. Sin embargo, el matrimonio y la presencia de niños pequeños en el hogar reducen la participación laboral y los ingresos de las mujeres.



Agustina Mahón

*Estudiante de la Licenciatura en Ciencia Política con especialización en Estado, Administración y Políticas Públicas y Opinión Pública UBA
Especialista en Estudios de Género UBA*

Estos factores están asociados con el costo económico de la maternidad. Pese a su rigidez, las normas sociales que limitan el acceso de las mujeres al trabajo fuera del hogar pueden superarse: se necesitan políticas macroeconómicas y de empleo enfocadas en crear trabajo decente, además de sistemas de protección social sensibles al género que respalden a los diversos tipos de familias. Los componentes esenciales de la protección social para lograr estos objetivos incluyen: licencias remuneradas por maternidad, paternidad y parentales compartidas; transferencias monetarias para las familias con responsabilidades de cuidados, con apoyo adicional para hogares monoparentales, así como pensiones adecuadas que combinen beneficios contributivos y no contributivos con perspectiva de género.

Existen importantes lagunas en nuestro conocimiento sobre la vida familiar. Las limitaciones de los datos en todas las regiones afectan significativamente la capacidad de quienes deben formular políticas públicas (y adaptar las vigentes) de manera que reflejen las realidades cambiantes de las familias de hoy. **Es preciso fortalecer los sistemas de registro civil y estadísticas vitales que recopilan información sobre los acontecimientos clave de la vida** (nacimiento, defunción, matrimonio y divorcio).

Es necesario identificar y eliminar tanto las brechas de género en la cobertura como los sesgos presentes en los instrumentos de recopilación de datos utilizados en la actualidad, así como fortalecer sus capacidades de traducción y adaptación multilingüe y multicultural. Para estas medidas se requiere, por encima de todo, invertir y capacitar a las oficinas nacionales de estadística. Para

formular políticas sensibles al género que promuevan los derechos de las mujeres y apoyen la vida familiar también se precisa tomar en cuenta métodos cualitativos y enfoques interdisciplinarios que contemplen y contextualicen la información cuantitativa.

Para poder implementar estas políticas, los gobiernos deben recaudar fondos de diversas maneras, por ejemplo, aumentando sus ingresos tributarios, ampliando la cobertura de la seguridad social, utilizando el margen presupuestario y las reservas de divisas, recurriendo a préstamos o a la reestructuración de su deuda, reduciendo los flujos financieros del Sur al Norte, eliminando los flujos financieros ilícitos y haciendo uso de la asistencia y las transferencias internacionales.

Tales inversiones ofrecen beneficios significativos para las mujeres y las niñas, las familias y la sociedad en su conjunto. Esta agenda permitirá desarrollar las capacidades humanas de las y los niños, proteger la dignidad y los derechos de las personas mayores y los de las personas con discapacidad, así como crear oportunidades de empleo decentes para las mujeres y los hombres en el sector de los cuidados. **Las políticas públicas no son neutrales al género.** Tanto su diseño como implementación tienen impacto sobre la actividad económica y la distribución de los ingresos y, por tanto, sobre diversas brechas de desigualdad.

Sin elecciones no se puede, con ellas solas no alcanza

por Facundo Cruz

Todos los balances anuales vienen con sabores agridulces. Este no va a ser la excepción. Cuando uno mira la totalidad de América con la lente de un año 2021 que no puede entenderse sin la pandemia de Covid-19 en 2020 encuentra tanto aciertos como deudas pendientes. Quiero sintetizar en cinco impresiones generales lo que la región nos dejó este año. Impresiones que, al mismo tiempo, son provocaciones analíticas generales.

Las elecciones siguen siendo el mecanismo para disputar poder político

La democracia en su dimensión electoral se mantiene sólida en la región. Salvo los casos aislados de Nicaragua y Venezuela, donde la disputa democrática por el poder político sigue dejando muchas dudas y bastante que desear, la totalidad de los países latinoamericanos celebraron procesos electorales en esta época pandémica. Esto es un punto no menor, dado que **el virus que todo lo inundó no impidió la celebración de elecciones, solamente las pospuso en algunos casos particulares**. Entre 2020 y 2021 debían celebrarse un total de 48 elecciones nacionales y subnacionales en el continente de acuerdo a *IDEA International*. De ese grupo, se celebraron 28 nacionales y 2 subnacionales según la fecha original pautada, mientras que 9 nacionales y 9 subnacionales se pasaron. De modo que más del 60% de los procesos electorales se llevaron a cabo sin cambios, mientras que casi el 40% cambió. Los calendarios electorales se ajustaron, no se suspendieron.

Este punto, por muy menor que parezca, es un pulso importante para sostener que la pandemia no limitó la ingeniería institucional que hace funcionar a la democracia, solo hubo que adaptarlo. Si uno se detiene a pensar que guerras, conflictos internacionales, crisis mundiales y disputas intestinas han puesto en stand-by la democracia como un régimen político competitivo, es de valorar que un virus complejo y mortal no la ha interrumpido. Esto no es solo un plus americano, sino global: proporciones similares de elecciones celebradas y pospuestas caracterizaron al resto de los continentes del planeta.

Los oficialismos siguen siendo fuertes (pero no en todos lados)

Estas elecciones, sin embargo, no modificaron dramáticamente la cancha inclinada que tienen los oficialismos a la hora de competir con sus respectivas oposiciones. Si pensábamos que, tal vez, la pandemia iba a generar más alternancias, los datos muestran que a nivel mundial se mantienen poderosos. De un total de 106 elecciones nacionales detectadas en una base de datos construida para un informe elaborado para *Cenital.com* (acá la base completa) el 68% muestra victorias de los gobiernos de turno y un 32% de derrotas. Esta ventaja es algo que se encuentra en Europa (60%), Asia (86%) y África (75%). Oceanía tiene un empate en 50% y 50%.

América, acá, sí da la nota: es el único continente del mundo donde perdieron más veces los oficialismos que las victorias que consiguieron. De 24 elecciones generales (presidenciales junto con legislativas) y legislativas (parlamentarias en sistemas de ese tipo y de mitad de mandato en sistemas presidencialistas) celebradas entre marzo de 2020 y diciembre de 2021, hubo 11 victorias de los gobiernos electos (46%) con 13 derrotas (54%). De estas últimas, 7 fueron elecciones generales, lo cual representa el 88% de las elecciones de ese tipo celebradas. Este punto marca un giro importante en términos de la alternancia continental. Tan solo en Nicaragua el gobierno ganó, con todas las dudas vertidas sobre la transparencia del proceso. Esto abre un interrogante a futuro sobre los efectos de la pandemia de Covid-19 en el desempeño gubernamental, las gestiones implementadas para impedir su propagación y las políticas adoptadas para contener la crisis generada.

La democracia aún tiene deudas pendientes

El punto anterior guarda relevancia si se considera que América, una vez más, encuentra serias dificultades para lograr crecimiento económico con equidad y desarrollo. Distintos informes muestran que entramos antes que el resto de los continentes en un ciclo recesivo, de concentración de recursos y de falta de oportunidades para la mayoría de la población en la región. Según

resalta el Banco Mundial, América Latina y el Caribe tienen una previsión de crecimiento del 6,3% en 2021, pero que no logrará revertir el 6,7% que cayó el primer año de la pandemia. A eso se suman que la región en su conjunto fue la más golpeada por la fuerte contracción de la economía, profundizando aún más los bajos niveles de desarrollo económico y social característicos.

Lo más preocupante es, justamente, la disponibilidad y la desigualdad en la distribución de bienes y servicios: el nivel de pobreza es el más alto en décadas. Esto contrasta abiertamente con la alta tasa de vacunación en Latinoamérica, superando a otras regiones del mundo según datos de Our World in Data.

La CEPAL también alertó sobre esta fuerte disparidad entre los países más desarrollados y aquellos de ingreso medio, siendo la mayoría de ellos latinoamericanos. Tal como precisó Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva del organismo, “para mantener políticas fiscales y monetarias expansivas los países de la región requieren complementar los recursos internos con un mayor acceso a la liquidez internacional y con mecanismos multilaterales que faciliten el manejo de la deuda, si es necesario. Se necesitan iniciativas multilaterales para enfrentar las incertidumbres sobre la vacunación y el acceso de los países en desarrollo a financiamiento en condiciones adecuadas”. Uno de los problemas focales en este punto se centra en las posibilidades de empleo formal. Latinoamérica fue la región más afectada por el Covid-19 con una caída del número de ocupados del 9% en 2020. Esto sin dudas impactó en mayor medida en el empleo femenino: la participación de las mujeres en el mercado laboral llegó al 46,9%, lo cual marca un retroceso a niveles del 2002, año en el cual numerosos países vieron colapsar sus modelos y matrices productivas implementadas con las reformas de Consenso de Washington.

Este escenario abre a futuro no solo un gran interrogante, sino también una profunda preocupación. La gran deuda pendiente de la democracia latinoamericana es lograr crecimiento con igualdad y desarrollo, reduciendo la pobreza, mejorando el acceso a bienes y servicios públicos de calidad, y construyendo modelos productivos con empleo genuino.

Si las democracias se consolidaron en la región con elecciones, con ellas sola no alcanza.

Las comunidades políticas están más fragmentadas

Estas importantes disparidades están impactando en la representación de los intereses ciudadanos a manos de los distintos actores políticos que dominan el escenario de cada país. **América Latina está cada vez más fragmentada, acercándose a sistemas partidarios con una multiplicidad de actores relevantes y más alejada aún de la dinámica bipartidaria característica de las transiciones a la democracia.**

En un reciente documento de trabajo de pronta publicación por la Red Innovación y el National Democratic Institute (NDI), observamos con Sofía Santamarina que la mayoría de los países de la región han visto aumentar sostenidamente el número efectivo de partidos, tanto a nivel presidencial como legislativo.

Este fenómeno, que no es novedoso pero sí minimizado, marca el pulso de un nuevo formato de presidencialismo latinoamericano caracterizado por la construcción de coaliciones políticas para garantizar la gobernabilidad. Encontramos que, a medida que subió la fragmentación, aumentó también la cantidad de coaliciones electorales como fórmulas políticas construidas para ganar los respectivos sillones presidenciales. **Quien quiera gobernar en la región necesita, hoy en día y en todos los lados, de múltiples aliados.** Lo cual, sin embargo, no garantiza la supervivencia en el mandato, ni la garantía de gobernabilidad ni el sostenimiento de los programas de gobierno.

Casos como Pedro Castillo en Perú y Guillermo Lasso en Ecuador muestra que la luna de miel tiene fecha de vencimiento pronto, y que ganar con amplio apoyo popular no garantiza después acompañamiento legislativo. Ni de propios ni de ajenos. Procesos políticos como los vividos en Bolivia, Chile y Colombia recientemente, donde las reglas de juego han sido cuestionadas y la inestabilidad social ha ido **in crescendo**, también muestran que América Latina entró en un ciclo de convulsión generalizada.



Facundo Cruz

Polítólogo por elección, Magíster en Análisis, Derecho y Gestión Electoral, y Doctor en Ciencia Política (UNSAM).

Profesor de grado y posgrado en UBA y UTDT.

Autor de "Socios pero no tanto. Partidos y coaliciones en la Argentina, 2003-2015" (editorial Eudeba)

Co-autor de "Después del terremoto. El sistema político argentino a 20 años de la crisis del 2001" (China Editora).

Escritor de "La Gente Vota" en Cenital.com

La desconfianza ciudadana está ganando terreno

El último punto a marcar se desprende directamente del anterior: el continente tiene una oleada de desconfianza generalizada que no se vivía desde finales de la década del '90. La encuesta de Latinobarómetro publicada hace unos meses muestra que esta sensación generalizada afecta tanto a las instituciones de gobierno como a los actores políticos encargados de tomar las múltiples decisiones que impactan en nuestra vida diaria. En este escenario, **es posible que estemos entrando en un nuevo ciclo de desconfianza ciudadana y crisis estructural, ambas dimensiones que se retroalimentan mutuamente**. Si esta tendencia se consolida en el tiempo, y no se revierte o corrige en el corto y mediano plazo, las consecuencias para la estabilidad política y social pueden ser negativas.

Con la Fundación Directorio Legislativo ahondamos en el análisis de los datos y encontramos que en todos los países hay una tendencia decreciente en lo que a confianza en todas las instituciones de gobierno se refiere. Esto ocurre tanto en países que tenían márgenes de confianza más bien bajos como aquellos que habían visto recuperar el apoyo ciudadano a las instituciones de gobierno luego del giro regional en 2000/2001. El único caso que no se ajusta a la regularidad latinoamericana es Uruguay. A eso se suma que la desconfianza ciudadana aplica en los tres poderes del Estado, al igual que en los responsables de llenarlos y hacerlos funcionar: los partidos políticos. Esto, a su vez, impacta de manera

negativa en la democracia como un conjunto de reglas a través de los cuales se disputa el poder político. Entrando en crisis el sistema político, también lo hace su régimen.

Sobre este punto dos notas recientes publicadas en Agenda Pública acá y acá han resaltado que el apoyo a la democracia ha ido cayendo en estos años, lo cual indica una falta de satisfacción generalizada sobre la gestión de los asuntos públicos. Esto, por muy pesimista que suene, no tiene que implicar tirar la toalla de la política. Si bien es cierto que con elecciones solo no alcanza, es también cierto que sin ellas the best game in town colapsaría. Y los resultados de esas experiencias no han sido nada buenas para la región.

Defensa Nacional e integración regional: desde lo ideal a lo posible

por Mariano Gonzalez Lacroix

La conjugación de los conceptos de Defensa Nacional e integración regional ha sido objeto de un profundo debate en la Argentina durante los últimos años, acaso por el impulso inicial que tuvo el Consejo de Defensa Sudamericano a partir del año 2008 y su vertiginosa disolución menos de una década después. En relación con este -corto- derrotero de una iniciativa que buscó formar ámbitos de consulta, cooperación y coordinación entre los órganos de defensa de los entonces países miembros de la UNASUR, distintas voces sostuvieron que la estructura de este organismo cayó por el propio peso de sus aspiraciones y su dificultad para hacer frente a las naturales tendencias pendulares de los ciclos políticos internos de los países.

La tendencia regionalista surgida durante la primera década del siglo en Sudamérica fue hija de un momento histórico en el cual se visualizaba un corrimiento generalizado de la región hacia una tendencia política específica. Los gobiernos de entonces, de tintes populares, encontraron ventajas para cooperar en distintos campos -uno de ellos la defensa-, impulsando distintas iniciativas integradoras y de fomento a la cooperación.

En este sentido, desde el año 2008, distintas reuniones interministeriales llevadas a cabo por los referentes de las carteras de defensa de Sudamérica avanzaron en la constitución del Consejo de Defensa Sudamericano en el marco de la UNASUR con el objeto de “construir una identidad suramericana en materia de defensa” y “generar consensos para fortalecer la cooperación regional” en ese campo. La iniciativa, propuesta inicialmente por la República Federativa de Brasil, tuvo buena respuesta en los países miembros de la entonces UNASUR, promulgando distintas acciones en cuanto al estudio académico de la defensa, intercambios estudiantiles y otras medidas de confianza mutua.

Sin embargo, con el acontecer del tiempo y la llegada de nuevas tendencias políticas a los gobiernos de los distintos países de la UNASUR, el objetivo de consolidar un ámbito aglutinante en el campo de la defensa regional cayó en desuso. A partir del 2018, las distintas naciones comenzaron a suspender su participación en el seno de la estructura regional llevando a que el mismo Consejo de

Defensa Sudamericano y sus iniciativas, quedarán bloqueadas. El enfoque crítico realizado por las administraciones que se retiraron de la UNASUR se basó en el posicionamiento ideológico impregnado en la propia organización y que no condecía con la tendencia de las administraciones que asumían para finales de esta década. Es entonces, que la aspiración de búsqueda de integración a través de un ente supranacional o incluso la consolidación de una alianza en materia de defensa, termina por caer en saco roto acusada de organizarse según parámetros ideológicos.

Pese a ser una observación certera a razón de que el Consejo de Defensa Sudamericano tomó como precepto fundante el posicionamiento partidario de sus actores, los tiempos que vivimos pueden ser cuna para retomar ciertas particularidades de esa iniciativa integradora, pero contemplando ciertas lecciones aprendidas.

Teniendo en cuenta la línea argumental que tiene este anuario, el tema de la integración, esta vez en materia de defensa, resulta útil. Pensar en aglutinar esfuerzos mínimos que busquen puntos de acuerdo con los países de la región en cuestiones que involucran al Instrumento Militar no debe ser interpretado como una cuestión de idealismo o incluso de romper con parámetros de soberanía, sino más bien, con medidas beneficiosas para atender distintos desafíos futuros. Estos últimos pueden involucrar el uso de las fuerzas armadas brindando oportunidades y beneficios para aquellas estructuras estatales que se decidan por el camino de la integración gradual. Si otrora se criticó el esfuerzo de integración en materia de defensa por haberse anclado en un determinado espectro político, resulta esencial retomar esa agenda desde un sentido práctico y atendiendo lo que sucede en la actualidad.

La pandemia del coronavirus ha demostrado tener un impacto global, llevando a derruir un sinnúmero de resortes sociales y empujando a los Estados a realizar un esfuerzo sideral para atenuar las diversas crisis surgidas. Algo que se ha observado claramente en toda Latinoamérica es el apoyo de las Fuerzas Armadas para atender ciertas necesidades sociales y sanitarias de una manera excepcional. Desde Venezuela hasta Chile, los distintos instrumentos militares fueron llamados al



Mariano González Lacroix

Licenciado en Ciencia Política.

Magíster en Seguridad, Paz y Conflictos Internacionales (USC)

Magíster en Defensa Nacional (UNDEF -tc)

Doctorando en Defensa Nacional (UNDEF)

Director del medio Zona Militar y Escenario Mundial

Investigador en Seguridad Internacional y Defensa

Docente de Historia Política Argentina, Latinoamericana y Seminario de Investigación

Periodista especializado y consultor.

apoyo ciudadano, ejecutando tareas de control y vigilancia, desplegando sus capacidades logísticas para atender demandas médicas, organizando y asistiendo ante demandas alimentarias, por solo nombrar algunos ejemplos de las actividades efectuadas. Si el idealismo planteado con anteojeras ideológicas detonó finalmente las nobles iniciativas de la integración regional en materia de defensa, resulta imprescindible modificar el eje y abocar los esfuerzos a parámetros útiles para los Estados que ponderen la vía de la cooperación por sobre la de la contienda o desconfianza.

Entonces, teniendo en cuenta las lecciones aprendidas, tanto del fracaso del Consejo de Defensa Sudamericano como de las praxis de las distintas Fuerzas Armadas durante este periodo de pandemia global, no es descabellado pensar en una nueva aproximación organizada que se base en el respeto de las diferencias ideológicas y que se pose esencialmente en pequeños puntos de acuerdo entre los Estados. Posicionamientos vetustos como el impulsado por Venezuela durante los primeros años del CDS y basados en impulsar una alianza sobre amenazas específicas, no solamente no tiene sentido práctico en una región con diferentes perfiles internacionales, sino que atenta contra la propia concepción de “zona de paz” que se le quiere atribuir. Sin un balance serio de intereses por parte de aquellos Estados que quieran volver a apostar a la integración, no puede haber pasos sólidos en esta materia.

Vale aclarar que pensar una nueva integración, con esquemas mentales anticuados o tratando de contagiar de rivales a tus propios socios solamente aleja el noble y útil fin de integrarse hacia horizontes más lejanos. Lo mismo sucede con los alineamientos automáticos, que tanto con las diatribas intempestivas de los Estados más

reaccionarios, dificultan los acercamientos y la posibilidad de articular políticas internacionales que busquen acercar a las fuerzas armadas de los estados sudamericanos para actuar en conjunto bajo distintos requerimientos.

Considerar la integración con nuestros vecinos sudamericanos no es un ejercicio de retórica o de meros ideales, sino un mecanismo para desarrollar solidez a la hora de negociar o discutir con el mundo. El plano militar es un elemento que puede servir para desarrollar medidas de confianza mutua y de acercar de manera práctica a los distintos Estados del subcontinente. Si reflexionamos en torno a un mundo mejor, es menester pensar en una mejor región. Para contribuir a esto, las políticas locales tienen mucho para hacer, incluso en el ámbito militar. Pero para dar los primeros pasos es hora de no volver a cometer los mismos errores y ser pragmáticos buscando impulsos prácticos para aceitar un camino de integración.

Incertidumbre y realineamientos.

La integración latinoamericana a través de la lupa

por Nicolas Álvarez Masi

Esteban Actis y Nicolás Creus afirman que la pandemia de la COVID-19 que azota al mundo desde el inicio del 2020 no ha generado cambios radicales en el ordenamiento y las tendencias del tablero internacional, sino que ha servido para profundizar y acelerar muchos de los procesos que se venían gestando con anterioridad (Actis y Creus, 2020). Para América Latina, podemos ver cómo, en términos de relaciones interregionales y de alineamiento entre los diferentes países del sur global, este argumento, a lo largo de todo lo que nos ha dejado el 2021, puede confirmarse. Por lo tanto, este artículo intenta analizar los diferentes bloques regionales y el ordenamiento general en el que está actualmente América Latina, y se propondrá esbozar algunas preguntas disparadoras que ayuden a reflexionar sobre qué tipo de relaciones interregionales podemos esperar de aquí en adelante.

El regionalismo latinoamericano tiene una larga historia, pero para los objetivos de este artículo tomaremos las últimas dos décadas para hacer un breve repaso. Los llamados gobiernos del giro a la izquierda, muchos de ellos con pretensiones hegemónicas, marcaron una agenda muy distinta de lo que se había entendido como integración en los años noventa. Como dijese la diplomática Daiana Ferraro en un panel del Observatorio del Sur Global, los países de la región se unen y trabajan mancomunadamente por compartir valores, una visión del mundo y de la región, un proyecto económico y social. Eso sucedió entre principios de siglo y mediados de la década pasada, momento en el que el Mercosur adquirió tintes más políticos, trabajo en pos de la defensa de los derechos humanos y de la democracia, en complementariedad de la acción más comercial que tenía durante el auge del Consenso de Washington. Nació la UNASUR, que incluía a todos los países de América del Sur y que logró un desarrollo institucional que le hizo contar, por ejemplo, con un Consejo de Salud, a través del cual los países trabajaban coordinadamente políticas sanitarias. En palabras del ex presidente de Colombia, Ernesto Samper, tal vez hubiese sido diferente afrontar la crisis sanitaria que se vivió a partir del 2020 con una UNASUR fortalecida y trabajo coordinado, a lo que se suma la mirada de Wendy Vaca Hernández, quien afirma que “la pandemia de 2020 habría podido ser gestionada de manera más eficiente por medio del Consejo

Suramericano de Salud” (Vaca Hernández, 2020). En contraposición, no existió una sola reunión multilateral entre todos los ministros de salud de la región para intentar esbozar un plan organizado con el objetivo de afrontar la pandemia. Por último, la cumbre en Mar del Plata y el famoso “No al ALCA” sintetizó un momento político e histórico, en el que los principales países de la región, en un gran momento económico, intentaron fortalecer la autonomía y soberanía regional, proceso que se definió por varios autores como regionalismo posliberal o post hegemónico (Estay, 2018, citado en Vaca Hernández, 2020).

La decaída de estos gobiernos y, por ende, de los proyectos que impulsaron a nivel regional, comenzaron a partir de mediados de la década pasada. Las victorias de Mauricio Macri, Luis Lacalle Pou, Jair Bolsonaro, el golpe de Estado en Bolivia, sumado al giro de Lenín Moreno y a la crisis venezolana generaron el ambiente para que la integración regional adquiriese tintes distintos. Denunciadas por ideologizadas, se abandonaron los organismos anteriores, principalmente UNASUR y ALBA, y se crearon en contraposición el PROSUR y el Grupo de Lima, dos agrupamientos de las fuerzas conservadoras de la región. Comenzaron a abandonarse las consignas en pos de la soberanía nacional y volvió a adquirir más peso la Organización de Estados Americanos, dirigida por Luis Almagro, junto a una mirada más incisiva en su “patio trasero” que comenzó a poner Estados Unidos, luego de varios años en que sus ojos se habían concentrado en la conocida “guerra contra el terrorismo”. Así, a partir de 2015/2016 se comenzaron a gestar con fuerza dos sectores dentro de la región: de un lado, los nuevos proyectos neoconservadores de centro-derecha o derecha, agrupados en el Grupo de Lima y cuyo objetivo central era trabajar con Estados Unidos en busca de resolver, un poco a cualquier precio, la crisis venezolana, y por el otro lado, el sector ligado a los gobiernos del giro a la izquierda que resistían el cambio de tendencias que fortalecían a la derecha y al conservadurismo regional, proceso a través del cual varios comenzaron a tener posturas más autoritarias, principalmente Venezuela y Nicaragua. La llegada de Manuel López Obrador a la presidencia de México y de Alberto Fernández en nuestro país comenzó a gestar un trabajo conjunto que

terminó en el llamado “Grupo de Puebla”. Como vemos, la polarización de la que tanto ¿sufrimos? en nuestro país puede decirse que se ha extrapolado a la región.

Así, lo que se auguraba en un inicio como un giro conservador parece no haber tenido la fuerza necesaria para consolidarse como tal. Las victorias mencionadas de López Obrador y Fernández, sumado a Luis Arce, Pedro Castillo, Gabriel Boric y Xiomara Castro y a la crisis que sufre Brasil, que posiciona a Lula como ¿principal candidato? para las elecciones del año próximo, parecían volver a darle vida a los proyectos de centro izquierda, pero los gobiernos de Uruguay, Paraguay y Colombia, a lo que se agrega la derrota del correísmo en Ecuador y la fuerza que ha demostrado de alguna manera el neopinochetismo de la mano de Juan Antonio Kast auguran un porvenir de mucha incertidumbre y con posibles proyectos que quizás no logren un período hegemónico como fueron los gobiernos de la marea rosa. Este año, las cumbres tanto del Mercosur como de la CELAC dejaron bastante en claro ambas tendencias, desde Alberto Fernández respondiendo a Lacalle Pou que **“Los países del Mercosur no somos lastre de nadie”** hasta Nicolás Maduro invitando a debatir de democracia al mismo Lacalle y a Mario Abdo Benítez, de Paraguay. Incluso, la cumbre del Mercosur, a realizarse en los próximos días y en la cual Bolsonaro oficiaría de anfitrión, cambió su modalidad de presencial a virtual, en reprimenda por la visita con bombos y platillos del expresidente y posible candidato presidencial Lula Da Silva a Argentina, en el marco del Día Internacional de los Derechos Humanos. En el corto y mediano plazo, será interesante seguir de cerca el desarrollo de la CELAC, que desde la presidencia pro tempore de México ha adquirido un nuevo impulso y ha tenido una cumbre luego de varios años. En un contexto de disputa hegemónica donde China está jugando cada vez más fuerte para extrapolar su influencia a la región latinoamericana, la CELAC se presenta como un organismo con intenciones autonómicas, plural, sin las directivas de Estados Unidos e incluyendo a Cuba, sumado al desprestigio que ha sufrido la OEA luego del aval explícito al golpe de Estado en Bolivia en 2019. Por el momento, parece que el eje que lideran México y Argentina ha logrado una posición consolidada en el mecanismo de la CELAC; restará ver si las fuerzas conservadoras deciden seguir participando y disputarle la dirección, o intentar desprestigiarlo y fundar un organismo aparte, con una visión más comercial, tal como sucedió, según apunta Vaca Hernández, con el desmantelamiento de la

UNASUR y su intento de reemplazo por el PROSUR (Vaca Hernández, 2020). Parece un argumento bastante endeble, siguiendo a la misma autora, que un organismo como la UNASUR haya sido tildado de ideologizado, cuando lo formaban todos los países de América del Sur y donde las decisiones se tomaban por consenso, y más extraño aún que sus denunciantes hayan propuesto como alternativa el PROSUR, donde solo participan países con presidentes alineados con una misma ideología.

Para esbozar algunas preguntas, tomaremos la definición de radicalización política del politólogo italiano Leonardo Morlino, que se refiere al proceso mediante el cual las diferentes opciones políticas coinciden cada vez menos en su forma de ver el mundo y, por lo tanto, las soluciones que plantean a los problemas que existen son cada vez más distante, haciendo mucho más difícil el consenso (Morlino, 1985). Como las líneas y proyectos regionales se sustentan en la estructura política interna de los países que los conforman, ¿podemos pensar que el auge de los extremos en las recientes elecciones de Chile y Perú, sumado a la buena performance de Javier Milei en Argentina y a la existencia misma de Bolsonaro puedan radicalizar cada vez más tanto la política interna como externa de los países? ¿El alineamiento internacional de los sectores más conservadores con la ultraderecha de Vox en España a través del Foro de Madrid, que mediante la carta de Madrid se comprometieron a luchar contra el “comunismo internacional”, puede contribuir a esto? ¿Se puede esperar que Lula, si es que es finalmente candidato, gire cada vez más a la izquierda, tal vez como en sus inicios, en lugar de intentar acaparar el centro del espectro, o bien intentará hacer resurgir la alianza con los sectores empresariales? ¿El sector representado por Camacho puede intentar otro levantamiento contra el gobierno constitucional en Bolivia? ¿Cuánto pasará hasta que el fujimorismo logre los votos para aprobar una moción de vacancia contra “el profesor Castillo”?

Conclusiones

Álvaro García Linera, en una charla abierta en las escalinatas de la Facultad de Derecho de la UBA, entre tantas otras reflexiones, apuntó que, a mediano plazo, las victorias y las derrotas, tanto para los sectores ligados al progresismo y a la izquierda como para los conservadores más de derechas, no serían definitivos ni llegarían a conformar un “bloque histórico”, en términos gramscianos. La incertidumbre, de la cual ya el mundo



Nicolas Álvarez Masi

Estudiante de Ciencia Política (UBA)

Colaborador en Politologos al Whisky

Intereses orientados a la política latinoamericana y sus procesos de integración

en general y la región en particular eran víctimas antes de la explosión de la pandemia, seguiría vigente al menos en los años venideros. Pero podemos esbozar algunas preguntas disparadoras y algunas hipótesis de qué esperar en la década que recién comienza.

Uno de los acontecimientos más relevantes del año parece ser el nuevo auge de los movimientos indígenas en la región. Pasando por la base territorial que brindó un apoyo fundamental en la victoria de Arce en Bolivia y la relevancia que adquirieron la CONAIE y Pachakutik en Ecuador en miras del ballotage entre Arauz y Lasso, incluyendo a la llegada de Guadalupe Llori, mujer indígena, a la presidencia de la Asamblea Nacional. Si a esto se suma la importancia de estos grupos en las rondas campesinas que sostuvieron la candidatura de Castillo y el hito de que en un país como Chile una mujer mapuche fuese electa como presidenta de la Convención Constituyente, marcan un período donde estos movimientos han logrado volver a tener una voz clave en la discusión nacional. La crisis de los gobiernos de la marea rosa parece haber abierto un espacio de poder y representación que fue aprovechado por estos movimientos para volver a ganar relevancia en la política institucional de los diferentes países del Cono Sur (Resina, 2021).

Las elecciones venideras en Chile, sumadas principalmente a la de Brasil el próximo año, serán claves para continuar reacomodando el panorama regional, que hoy por hoy, parece transitar un posible empate hegemónico, en el cual ninguno de los sectores es capaz de imponer su proyecto. La importancia de Brasil, la economía más grande de la región, en la tarea de inclinar la balanza hacia un lado o hacia el otro es elemental, y aquí podemos notar una diferencia sustancial: los sectores alineados en el Grupo de Puebla esperan con ansias una vuelta de Lula, mientras que los líderes del Grupo de Lima no se entusiasman tanto con la

figura de Bolsonaro.

Por último, una de las deficiencias centrales de la historia de los procesos de integración latinoamericanos ha sido la escasa institucionalización de los diferentes mecanismos u organismos, lo que los hace muy débiles ante los cambios en la política interna de los países, principalmente de los más grandes. El problema de una mayor institucionalización se representa en los fondos que ella requiere, y que lógicamente deben aportar los países miembros. En un contexto de profunda crisis económica, más allá del crecimiento de este año, es posible que muchos Estados opten por destinar sus (muchas veces) escasos recursos en cuestiones con resultados más inmediatos que los organismos regionales. Como señalan Gilberto Aranda y Jorge Riquelme, “el regionalismo actual forma parte de una estrategia bifronte respecto de la globalización en la que, por una parte, los gobiernos se asocian para defenderse, pero a la vez, asumen una estrategia ofensiva que les permite posicionarse de mejor manera y participar de los beneficios de la interdependencia global” (Aranda y Riquelme, 2019). Sumado al contexto de disputa hegemónica entre China y Estados Unidos, una unión regional fuerte, que permita la consolidación de la soberanía y la autonomía, además del crecimiento económico, será fundamental para que los países de la región tengan una mayor capacidad de maniobra, en un mundo que se avizora muy complejo.

Tendencias globales y la restructuración del mundo

Democracia, ¿petrificada o dinamizada?

por Esteban Chiacchio

Para aquellos que nos concierne el Estado y el mejoramiento de la calidad de la democracia en nuestro país, no hay peor piedra en el zapato que las tendencias que tienden a petrificar a la misma, o peor aún, a inmovilizar el debate sobre ella. Consciente o inconscientemente, se acepta que el debate político es algo que se desarrolla solo a escala partidaria: a quién votamos, quiénes serán los candidatos, qué bandera flamea cada uno y qué tipo de desempeño tienen aquellos que llegan al poder. Punto final.

Esta lectura cercenadora no solo impide que comprendamos la necesidad de repensar y atender al régimen democrático que nos cobija, sino que, como si fuera un escalón por debajo al debate político partidario, exhibe a “la gente” como un ente al que no se le hiciera más que derramar una serie de decisiones teniendo que tener a mano década tras década sus reclamos para denunciar cuando sus representantes llegan al extremo de alienarse de los intereses y causas de sus representados.

La democracia tiene su embajada en un día puntual, el de las elecciones (¿acaso no lo llamamos “fiesta de la democracia”?) y para el resto de los días tenemos una nociva verticalidad: un régimen petrificado asumiéndose como omnipresente y sin necesidad de actualizaciones, una clase política que por la urgencia de las necesidades a atender, los tiempos electorales y los intereses de mayor urgencia, no va a someter a debate qué es lo que debemos mejorar del régimen, y un electorado comprendiendo que lo más potable es sumarse a los debates partidarios -no por eso menos importantes, claro- y resignarse a vislumbrar posiciones políticas a largo plazo para mejorar el sistema. La democracia, al fin y al cabo, estará allí al día siguiente. Ya habrá tiempo para estas ideas, ¿verdad?.

Empero, no todos los políticos están alienados y no todo el electorado reduce su participación política al día de los comicios. La democracia, efectivamente, seguirá estando allí al día siguiente. Y muy probablemente al posterior también. Y para quiénes consideran esto una gran noticia, imagino que a una importante mayoría, quizás sea importante el no tener que esperar hacia el desgaste institucional o una crisis de representación extrema para

debatir en qué mejoramos al régimen democrático. La piedra angular de ello se esconde en la base de este asunto: dejar de fosilizar a la democracia como una conquista que se exhibe en una vitrina y de la cual se aprende pasivamente. Es menester sortear este punto para dinamizar este querido régimen político, más aún al calor de todos los estímulos, enseñanzas y nuevos requerimientos que nos exigen los turbulentos tiempos que corren.

¿Qué tenemos a mano para atender este problema? En primer término, estamos ante una multiplicación de vías de comunicación y plataformas en dónde debatir y exhibir posturas entre usuarios puede tender a horizontalizar la relación entre electos y electores. Más aún, dicho plató aproxima distancias, posee un número cada vez mayor de archivos digitalizados y optimizó en gran parte del mundo sus capacidades a la fuerza de los tiempos de confinamiento, lo cual permite creer que hay materia prima para diversificar y aggiornar el debate respecto a la democracia. Pero no es suficiente: no se trata solo de registrar y poner “el material a disposición”, sino que también la comunicación que tendremos en 2022 está cada vez más sujeta a la inmediatez, las palabras claves y la capacidad de leerlo no solo en la comodidad de una mesa de café, sino en un subte, un tiempo muerto de una clase o un ascensor. Entonces, solo registrar no alcanza, también se va a tratar de sintetizar. Y no a fin de simplemente, por ejemplo, encapsular un debate presidencial en un micro de pocos minutos, sino que el desafío se profundiza en que aquellos que no pudieron ver el evento de forma completa puedan arribar también a una cantidad digna de información.

Pero el acceso a la información no es un camino allanado. Partiendo de la base, tener un internet de calidad requiere un ingreso para pagar el servicio, un dispositivo en dónde navegar y el tiempo para explorar alternativas. En esta área, los resultados son paupérrimos. Ni siquiera la cara más álgida de la pandemia permitió colar el debate sobre la accesibilidad al internet: hace cinco días, tras un prolongado derrotero de la medida, un fallo judicial suspendió el decreto que Alberto Fernández había firmado en agosto del 2020, el cual congelaba las tarifas de Internet, telefonía móvil y cable. Telefónica y el Grupo Clarín fueron de las



Esteban Chiacchio

Estudiante de Ciencia Política (UBA)

Conductor en Cítrica Radio

Redactor de Polítólogos Al Whisky

principales compañías que buscaron atajar judicialmente a la medida. El final de la misma, (in)entendiblemente, fue recibido en silencio y sin mayores respuestas desde el oficialismo.

Entonces, ¿qué es eso de llenarse la boca hablando de diversificación de canales de información, cuando la llave a los mismos no está garantizada de manera equitativa? ¿Es justo aquello? Hoy no tener acceso a internet es un verdadero impedimento: ya no se trata de ocio, sino de poder circular en el ámbito educativo o laboral. Ni el peor rostro de una pandemia pudo dar mejores impulsos a este debate. ¿Cuántos talentos estaremos extraviando por no haber hecho lo suficiente para garantizar el acceso igualitario a la red?

Solo con buenas intenciones no llegamos a ninguna parte, sin ellas, peor aún. El arribo del coronavirus puso a prueba la capacidad de los medios de comunicación en la delgada frontera entre mantener informada a la población e infundir, desde el desconocimiento y la especulación, el pánico. Sin dramatizar, sino yendo a un hecho puntual, aún se estaban apagando los motores del primer avión con vacunas, en aquella navidad del 2020, cuando un diario de tirada nacional avisaba en su tapa que la población de entre 18 y 60 años sin enfermedades quedaría fuera de la vacunación durante el actual año. Errores puede cometer cualquiera, ¿pero qué costo tienen esos titulares cuando se leen haciendo frente a estos años traumáticos que afrontamos como sociedad?

Por complicidad u omisión, la clase política pateó hacia una arena indefinida el debate por la desmonopolización y la diversificación de la oferta mediática. De hecho, se mantiene como subsidiaria de estos medios, en una jugada que trasciende a las fronteras entre las principales

coaliciones de nuestro país. En tiempos dónde la creación de contenido, la posibilidad de acceder a la información y la curiosidad por las categorías de las noticias logran una heterogeneidad inédita, aún pareciera que seguimos leyendo a los medios de comunicación con manuales de antaño.

Pero tengamos una conclusión optimista. El primer paso para, justamente, movilizar a la democracia e interactuar con sus componentes a fin de aggiornarlos, problematizarlos y, por supuesto, optimizarlos, es no resignarse a la pasividad. Ello podemos reflejarlo en cómo interactuamos con las “pequeñas democracias” que integramos (grupo de la facultad, laburo, fútbol, etcétera), cómo sintetizamos y distribuimos información que creemos valedera y cómo regateamos a mediadores malintencionados para entrenar nuestra curiosidad. En dichas prácticas está el ejercicio de base para trabajar en esa democracia cada día un poco mejor y que tanto ansiamos. Mejor información, mejor accesibilidad, mejores representantes, mejor política. Esto no como un concatenamiento de meros fines, sino como medios para no quedarse quietos y dinamizar al sistema. Es uno de los desafíos más interesantes para lo que vendrá.

Caminos en confluencia: las religiones y la política internacional

por Sebastián D'agrosa Okita

La propuesta del presente desarrollo es detenerse a revisar la actual dinámica del orden internacional, a partir del **rol que tienen las religiones** en la promoción, sostenimiento o desaliento de los cambios en el propio sistema internacional. Como punto de partida, se debe tener en cuenta que **la dimensión religiosa atravesó variadas ondulaciones en la agenda de la disciplina internacionalista** (así como también en el plano local), que poco a poco se ha ido robusteciendo como categoría de análisis.

Ello insta a que el debate coyuntural no tenga estrictamente un impacto reductible a una región, como puede ser **Medio Oriente, África Oriental o América Latina**, o mismo a un país en particular, como puede ser **la India o Brasil**. Por lo que, los análisis, lejos de ser completamente extensibles entre las regiones, se circunscriben a determinadas zonas geográficas donde una u otra (o varias) tengan preponderancia entre la comunidad.

Lo introducido permite traer a colación la tesis de Samuel Huntington (1993; 1996) sobre el “*choque de civilizaciones*”, que vislumbra el advenimiento de un paradigma cuyo escenario se insertó en el seno del conflicto geopolítico en el cual las religiones se colocan en un orden prioritario, al igual que la dimensión económica. En efecto, la singularidad de las religiones deviene de la capacidad de demarcación de una identidad. Ello traído a la segunda década del siglo XXI se materializa, globalización mediante, en la **potenciación de la representación religiosa** como estructural en el análisis de la política y seguridad internacional

Es por ello que la tesis mencionada podría empalmar, desde la impronta conceptual, con lo que se denomina el “*retorno de la religión*” (Petito y Hatzopoulos, 2010). Ante la presunción de un horizonte en el cual la política internacional se encaminaría hacia la secularidad, los sucesivos acontecimientos demuestran que tanto las religiones tradicionales como el surgimiento de nuevas identidades colectivas han forzado a repensar la coyuntura actual en función de lo que denominan la politización de las religiones. De este modo, sintetizan que la coexistencia global no se puede nutrir de la

confrontación, sino que la conformación del orden internacional estaría más anclada en el “*dialogo de las civilizaciones*”.

Al respecto, este mosaico de múltiples religiones nos provee de un abanico de ingentes cuyas confesiones se encuentran divididas o subdivididas. No obstante, no se puede omitir mencionar que **casi el 80% de la población global** se reparte entre **cristianismo, islam, hinduismo y budismo**.

Ahora bien, en el 2021 han trascendido globalmente instancias de aguda tensión con trasfondo en la dimensión religiosa. Por mencionar algunos de ellos, se destacan las **hostilidades recrudecidas** en el histórico conflicto entre **Israel y Palestina**, el masivo descontento entre **hindúes y musulmanes en la India** por una nueva Ley de Ciudadanía o el drama que vive Mozambique por el **avance indiscriminado de los yihadistas de Al Shabab** en el territorio africano.

Empero, no es el objeto de este desarrollo asumir a “*la religión como detonante de conflictos*”, como lo fue desde la posteridad del “9-11” en Estados Unidos. O, incluso, haber sido tematizada por la acumulación de víctimas producto del accionar de los grupos extremistas o del fundamentalismo religioso, obnubiló en gran medida la posibilidad de darle relieve al **gran potencial de paz de las religiones**. En ese marco, y resaltando el potencial pacificador, se puede afirmar que **ha crecido la necesidad de mantener un diálogo fluido con los representantes religiosos, sobre todo en relación con temas socialmente importantes**.

Esta importancia es la que sondea el auspicio del devenir común de la humanidad y de nuestro planeta, ya que los representantes religiosos como actores incidentes en las reglas de juego de la comunidad internacional hoy se consignan como importantes multiplicadores. Por lo cual, **se puede inferir que las religiones han vigorizado su posicionamiento como notable instrumento político**. En ese sentido, la actual coyuntura, atravesada por una nueva pandemia, acarrea representantes religiosos delante y detrás de escena que no sólo absorben mayores adhesiones que los representantes políticos, sino que son incluso

actualmente los mayores actores transnacionales en determinados países, lo que les proporciona una proporción más magna como decisores.

¿Por qué delante y detrás de escena?

Porque bien podemos aludir a quienes en la actualidad cumplen en ser líderes religiosos en sus respectivas naciones o referentes transnacionales, como lo puede ser **David Lau** en Israel, **Alí Jamenei** en Irán, **Tenzin Gyatso** en la India o el **Papa Francisco** en el Vaticano. Pero también hay que considerar lo que, en paralelo, se convirtió en el desarrollo de la expresión política de los fieles, lo que inevitablemente repercutió en la **incidencia política de sus organizaciones**. Un impulso de ello fueron los diferentes procesos de democratización, lo que dio terreno inexplorado para el papel político de las religiones.

Por otra parte, y pasando a lo que comprende un terreno menos visible a los ojos del espacio público tiene que ver con el **lobby religioso**, que se ha convertido también un factor que ha ganado poder en el seno de las instituciones, cuya área de desenvolvimiento parece ser la esfera privada, de momento.

Dos ejemplos para graficar: en primer lugar, en el seno de la Unión Europea trascendió una investigación que denota la identificación de reiteradas reuniones de la Comisión Europea con lobbies religiosos. Reuniones que, en su mayoría, se encuentran por fuera del Registro de Transparencia y superan a las mantenidas con empresas como Google. El segundo ejemplo se vincula con el escenario en Estados Unidos, donde el número de **grupos de presión perteneciente al ámbito religioso** han tenido un lugar cada vez mayor en la ciudad capital, contando con el beneficio de ser incluso financiados por el Estado norteamericano.

Estas menciones permiten evidenciar, además del crecimiento exponencial y diversificación de su influencia, **las religiones gozan efectivamente de un considerable margen de influencia sobre el diseño de las políticas públicas**. Eso mantiene inalterado, como destaca Appleby (2000) y Philpott (2007), el complejo rol que juegan las religiones en los conflictos políticos modernos, tanto en la senda de los actos violentos como también al momento de erigir procesos de construcción de paz y alentar la promoción del desarrollo humano.

Pero aún más, los grupos religiosos han optado no solamente por inmiscuirse sigilosamente y progresivamente en zonas de conflicto, situaciones golpeadas por la pobreza, por catástrofes o transiciones de gobierno. También se han movido piezas del tablero estratégico como actores que se interponen en la inacción del Estado o su acción perpetrada hacia la violencia. Si tomamos en cuenta este último factor y consideramos que vivenciamos un orden mundial globalizado, interconectado, que ha crecido a gran escala en la pluralidad y multipolaridad, tenemos argumentación suficiente para encuadrar a las **comunidades religiosas como actores transnacionales con cierta virtud de generar soft power** (Nye, 2004).

Esto desemboca en la perspectiva en la cual el presente desarrollo busca hacer hincapié. Esta tiene que ver con las **Prácticas de Cooperación Interreligiosa**, que en el seno de la búsqueda de la pacificación global se erige como un mecanismo de contribución en el proceso de toma de decisiones para el diseño de política públicas en materia de la agenda internacional. La variedad de temas en los que es posible incidir van desde el combate al crimen organizado, la promoción de la diplomacia, el desarrollo sostenible y, incluso, potenciar las desde sus recursos la capacidad de fomentar la cohesión social al interior de las sociedades.

En línea con lo argumentado, durante los últimos años se dio un proceso bifurcado en dos procesos. Por un lado, la agenda internacional se vio permeada a la atención y consideración de las iniciativas religiosas e interreligiosas, particularmente en temas que se vinculan con la crisis socio-ambiental y la crisis humanitaria de migración, desplazados y refugiados.

Concretamente, se puede mencionar la participación que tuvo en 2015 el Consejo Mundial de Iglesias en ocasión de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP21), en la cual hicieron público un documento que alcanzó un notable consenso global y en el que instaron a la concreción de acciones intergubernamentales, sociales e individuales eficaces para hacer frente al cambio climático.

Por el otro lado, se habla de llevar adelante una “diplomacia espiritual”, para la cual se pueden mencionar dos iniciativas puntuales. La primera es el “G20 Interfaith Summit”, que consiste en ser una plataforma que reúne anualmente líderes y actores



Sebastián D'agrosa Okita

Licenciado en Ciencia Política (UBA). Especializado en Política Internacional (IFPyGP)

Diplomado en Activismo y Política Socioambiental (Eco House)

Colaborador y columnista en Polítólogos al Whisky

Colaborador en Escenario Mundial

Miembro de la Secretaría de Organización de la Red Argentina de Profesionales para la Política Exterior (REDAPPE)

Miembro del Comité Académico y de Promoción de la Fundación para la Democracia Participativa (FUDDEPA)

religiosos, así como legisladores de diferentes países con el objetivo de emprender un marco colaborativo que, a su vez, se inserta en los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de las Naciones Unidas.

La segunda iniciativa se introduce en el plano latinoamericano. En 2014 se conformó en Panamá la “Alianza interreligiosa Latinoamericana y Caribeña para la Agenda 2030”. La misma es producto del Encuentro Regional “La contribución de los líderes religiosos de América Latina y el Caribe en el abordaje de la desigualdad y la exclusión en la agenda para el desarrollo después de 2015”. Y, su propósito se enmarca en la potenciación de la Agenda para 2030 sumando los aportes de las comunidades y organizaciones religiosas desparramadas por América Latina y el Caribe.

Un caso no mencionado en este desarrollo pero que vale la pena traer a colación es la Diplomacia que ejerce el Vaticano. Al respecto, la Santa Sede, bajo el liderazgo del Papa Francisco, tiene una injerencia como actor dinámico que no escapa a los escenarios conflictivos de la política internacional.

A modo de conclusión, se puede extraer como corolario que ni clase política, la sociedad civil o el sector privado se encuentran ajenos a la problemática de la religión y la política internacional. La latencia de este tema en la escena global debe ser abordada por los mediadores e, inclusive, deberá acaparar la predisposición de aquellos que persigan el objetivo de alcanzar la paz y con ello

brindar de mayor estabilidad a la comunidad internacional. Las paces que se han visto cargar con cierta fragilidad, lo cual les imparte cierta tutela que funcionan como actores de presión.

Para finalizar, es conveniente traer a racconto una cita de Scott Appleby (2000), que bien puede aplicar para el presente: *“Las religiones juegan un rol complejo en los conflictos políticos actuales: pueden ser fuente de inspiración de actos violentos como procesos de construcción de paz y promoción del desarrollo humano.”*

Experimentos sociales para combatir la pobreza

por Ceferino Pettovello

Esther Duflo es una economista francesa, profesora de Reducción de la Pobreza y Desarrollo Económico en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT por sus siglas en inglés). Ganadora del Premio Nobel de Ciencias Económicas, junto con Abhijit Banerjee y Michael Kremer, por su estudio, enfoque y dedicación para reducir la pobreza mundial. A su vez, es co-fundadora y co-directora de J-PAL, un centro global de investigación y trabajo que se especializa en análisis de políticas de estado que combatan la pobreza mediante evidencia empírica.

Conocí el trabajo de Duflo en tercer año de la facultad, cuando estábamos terminando una clase de Historia del Pensamiento Económico. Una investigadora vino a charlar acerca de cómo trabajaban en cierta rama de la economía que llamó bastante mi atención, sobre todo por la manera de hacer las cosas que adoptó. Quedé fascinado por la forma en la que se implementaba la estadística para resolver conflictos de gran importancia, o por lo menos de un peso interesante.

Uno de los grandes problemas de la política económica que se realiza hoy en día globalmente es la medición y comparación, hay un gran punto en el medio que impide conocer con certeza el efecto de cada implementación política, la respuesta a él “¿qué pasaría si?”. **Los políticos, a la hora de la toma de decisiones, necesitan tener un abanico de opciones y saber cual es la mejor dado lo que se puede y pretende hacer.**

De esta manera, proveer esa respuesta a quien toma las decisiones es la parte más difícil, porque al tratar con materia social no hay forma de contestar ese dilema, no hay contrafactual con el cual poder comparar qué habría sucedido si se tomaba una decisión alternativa.

En este lugar es donde la economía de los datos y la medición toma un papel de suma importancia. Utilizando métodos que intentan recrear una prueba placebo como lo hace la medicina, la economista **Esther Duflo realiza “experimentos sociales” para ver qué tipo de política es más eficiente y más efectiva.**

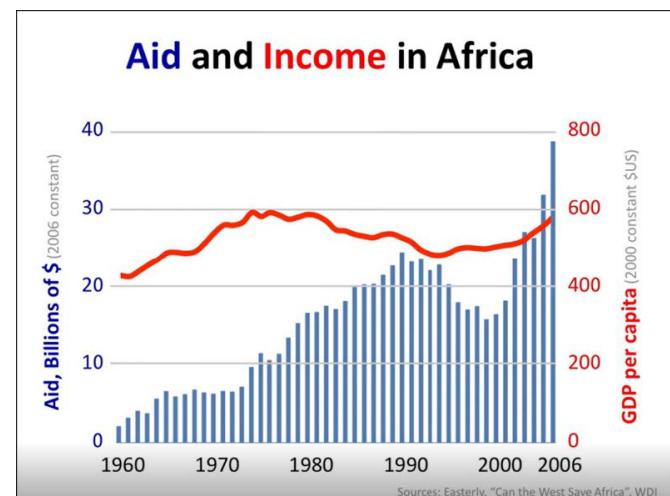
Si tomamos como punto de referencia el terremoto de Haití en 2010, con sus 200.000 víctimas fatales, y lo comparamos con un hecho recurrente y también lamentable como los 9 millones de niños menores de 5

años que pierden la vida anualmente solo debido a causas plenamente evitables, podemos notar que a rápidas cuentas, esto nos deja unas 25.000 muertes por día, acumulando la misma magnitud de un terremoto como el citado previamente cada 8 días. Pero ¿esto tiene la misma repercusión? ¿y acción?

¿Por qué pasa esto?

La ganadora del Nobel nos plantea el siguiente experimento mental: “-Imagine que tiene unos cuantos millones de dólares. Tal vez es un político en un país en desarrollo, y tiene un presupuesto para gastar; que desea gastarlo en los pobres. ¿Cómo aborda usted esto? ¿Cree a las personas que le dicen que todo lo que necesitamos es gastar ese dinero, que sabemos cómo erradicar la pobreza, sólo tenemos que hacer más? ¿O cree en las personas que le dicen que la asistencia no va a ayudar, por el contrario, podría dañar, podría agravar la corrupción, la dependencia, etc.? O tal vez recurra al pasado. Después de todo, hemos gastado miles de millones de dólares de ayuda. Tal vez vemos al pasado y vemos si ha hecho algún bien.”

Ahora bien, esto se plantea meramente para concluir que lamentablemente no lo sabemos y nunca lo vamos a saber. ¿A qué se debe esto? Tomemos el ejemplo de África, continente que históricamente ha recibido mucha asistencia, la misma está representada en el gráfico que se muestra a continuación como las barras azules.



Por su parte, la línea roja representa el PBI per cápita de África, mostrando que verdaderamente no podemos observar un progreso y hacer una hipótesis de que el mismo se le puede adjudicar a la ayuda recibida. Y aquí viene lo interesante, ¿cómo sabemos entonces que hubiera pasado sin la asistencia económica? Esto es imposible de contestar por la inexistencia de un contrafactual para hacer la comparación, “-África solo hay una” comenta Duflo.

Entonces, volviendo al experimento planteado en un principio, **¿qué harías en el lugar del político? ¿Darías la ayuda y confiarías con la idea de que tenga un efecto positivo? ¿O nos centramos en nuestra vida diaria y dejamos que el terremoto cada ocho días siga ocurriendo?**

En este punto surgen algunas preguntas de las cuales solo vamos a hacer foco en una.

De esta manera pensemos en la Malaria. Esta enfermedad mata a casi 900.000 personas cada año, donde el 91% de estas muertes se da en el África subsahariana y el 85% en menores de 5 años (la Malaria es la principal causa de mortalidad en menores de 5 años). Pero ya sabemos cómo eliminar la Malaria. Entonces vienen personas y te dicen, “*tenes los millones a disposición, ¿por qué no comprar unos mosquiteros para las camas?*” Estos elementos para cubrir las camas son muy baratos, por 10 dólares se puede fabricar un mosquitero tratado con insecticida, enviarlo y hasta enseñarle a alguien como usarlo. Aparte, no solo protegen a las personas que lo utilizan, quienes no sean beneficiados con el mosquitero también van a verse favorecidos porque va a bajar el nivel de contagio y propagación de la enfermedad.

De esta manera, las sociedades deben estar dispuestas a proceder y subsidiar los mosquiteros. Pero otro grupo de personas te van a decir “*si das los mosquiteros gratis, las personas no los valorarán. No van a usarlos, o al menos no como vos pretendes, pueden usarlos hasta como redes de pesca*”. Nuevamente, **¿qué harías? ¿Das los mosquiteros gratuitamente para maximizar la cobertura? ¿O te aseguras de que las personas paguen con el fin de que realmente los valoren?**

Duflo vuelve a la pregunta inicial de si la ayuda externa a África hizo algún bien o no, y dice que nuevamente no

la puede contestar, por la falta de contrafactual. Pero también cuenta que esta última pregunta de los mosquiteros sí puede ser contestada y esto es gracias a las pruebas aleatorias controladas que permitieron a la medicina diferenciar entre los medicamentos que sí funcionan de los que no, aplicadas a políticas sociales. De esta manera se puede determinar qué políticas funcionan y qué políticas no lo hacen.

Entonces, la pregunta que plantea el dilema entre dar gratuitamente los mosquiteros o pedirles a las personas que trabajen por ellos puede ser contestada. La respuesta depende de cómo se contesten las siguientes tres preguntas:

1. Si las personas deben pagar por el mosquitero, ¿lo harán?
2. Si los mosquiteros se entregan gratis, ¿los van a usar?
3. ¿La entrega de mosquiteros gratuitos desanima a futuras compras?

Esta última es importante porque si pensamos que la gente se acostumbra a los regalos esto quizás destruya el mercado de distribución de mosquiteros gratuitos.

Estos tres cuestionamientos responden, en parte, a la pregunta inicial, y para contestarlos Esther y su equipo realiza el siguiente experimento social:

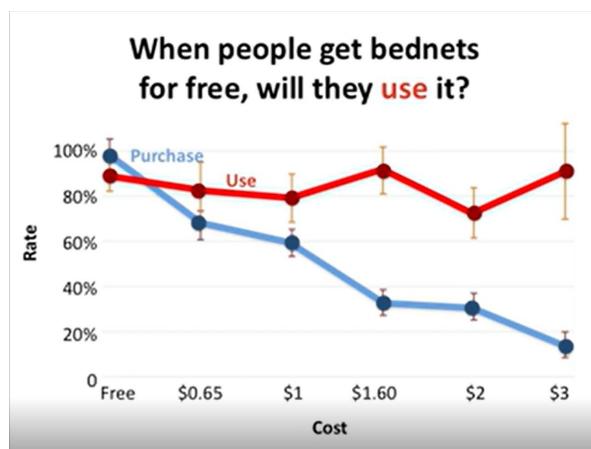
Se repartieron aleatoriamente cupones de descuento entre la gente de Kenya que podían canjear en farmacias locales por mosquiteros. Algunas personas obtuvieron 100% de descuento, otras 50%, algunas 20%, etc. De esta manera se puede ver qué pasa.



Entonces, ¿qué sucedió con las compras?

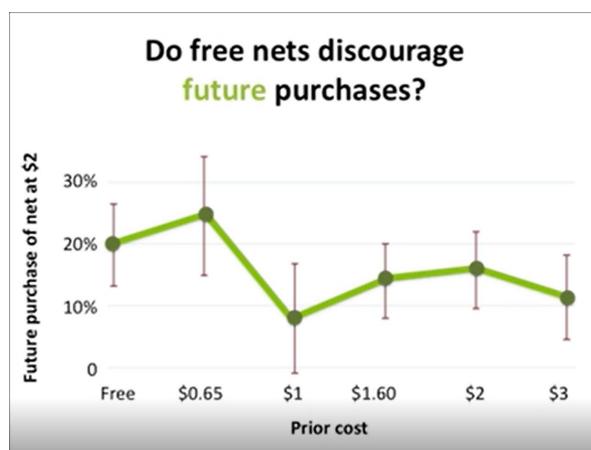
Lo que podemos ver es que cuando las personas pagan por su mosquitero la cobertura cae mucho, incluso cuando el subsidio es parcial (3usd no llega a cubrir el costo del mosquitero) solo contas con un 20% de las personas con mosquitero. Esto no está bien, se pierde el motivo inicial.

La segunda pregunta está interesada en que tanta gente usaría el mosquitero y los datos del experimento muestran lo siguiente:



En este caso, obtiene una buena noticia. La gente que tiene los mosquiteros los va a usar, independientemente de cómo lo hayan conseguido. Si lo obtuvieron gratis los van a usar y si pagaron por ellos también los van a usar.

Ahora la tercera y última, ¿cómo le va al mercado de distribución en el largo plazo?



En este caso vemos que se les dio la opción de comprar el mosquitero a 2 dólares al otro año y las personas que lograron conseguir el mosquitero gratis estuvieron bastante más inclinados a comprar el segundo que las que tuvieron que pagar por él en primera instancia. Entonces las personas no se acostumbran a los regalos, pero si a los mosquiteros.

Entonces, podemos concluir que el resultado de este experimento indicaría que entregando los mosquiteros de manera gratuita obtendrías un resultado positivo en el tiempo en materia de reducción de contagios y muertes por Malaria.

De esta manera, se partió del problema inicial que no podía ser resuelto y se desglosó en preguntas más chicas que sí pudieron ser contestadas de manera científica y con robustez, como esta de los mosquiteros.

Ahora volvamos a Haití, fallecieron poco más de 200.000 personas y el mundo acudió con una ayuda económica de aproximadamente dos billones de dólares, lo que a crudas cuentas nos deja un valor de alrededor de los 10.000 dólares por muerte. Lo que no es una gran suma de dinero si lo pensamos en relación con una vida perdida, pero si tomamos este número como referencia para el ejercicio y consideramos que estamos dispuestos a gastar 10.000 dólares por cada menor de cinco años que muere estaríamos hablando de 90 mil millones de usd por año, solamente ligado a este problema. Pero esto no pasa. ¿A qué se debe esto?

La economista considera que gran parte del problema se debe a que los temas en cuestión como la pobreza no están localizados. Si bien en Haití el drama era inmenso, estaba ubicado, sabíamos que le dábamos el dinero a Médicos Sin Fronteras, Partners in Health y ellos se encargarían de enviar personal médico y lo necesario para volver a crear hogares. **Pero el problema con la pobreza no tiene esa dinámica lamentablemente. Primero que nada, es mayormente invisible. Segundo, es inmenso. Y tercero, no sabemos si estamos haciendo las cosas correctas. No se puede sacar de la pobreza a personas en helicóptero.**



Ceferino Pettovello

Licenciado en Economía (UTDT)

Director del Club de consultoría UTDT (DTCC, Di Tella Consulting Club)

Coordinador del equipo de Economía de Polítólogos al Whisky

Escritor del Newsletter "Economía on the Rocks".

Volviendo a los mosquiteros, con 300 dólares se puede salvar una vida, y esto es solo un modo de tener un parámetro.

“Entonces, nosotros no podemos erradicar la pobreza aún, pero podemos comenzar.”

– Esther Duflo

Este no es un proceso fácil, es lento, hay que mantener el experimento, algunas veces la ideología puede ser vencida por la practicidad. Y hay veces que cosas que funcionan en un caso no lo van a hacer en otro. Pero no hay otro proceso, no hay una cura milagrosa.

Para cerrar, quiero volver al inicio del experimento mental y comentar que es imposible contestar si la ayuda que se le brindó al continente africano en el pasado hizo una diferencia, pero utilizando estos nuevos métodos de análisis de políticas con evidencia empírica y experimentos sociales pueden ser una muy buena brújula para guiar el camino a seguir para resolver problemas como la pobreza infantil en el mundo.